



José Carlos Martín de la Hoz

LA VIRGEN Y LA MISERICORDIA

PALABRA

JOSÉ CARLOS MARTÍN DE LA HOZ

**La Virgen
y la misericordia**

dBolsillo

© José Carlos Martín de la Hoz, 2016
© Ediciones Palabra, S.A., 2016
Paseo de la Castellana, 210 – 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 – (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
epalsa@palabra.es

Diseño de portada: Raúl Ostos
Diseño de ePub: Erick Castillo Avila
ISBN: 978-84-9061-384-9

Todos los derechos reservados

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

INTRODUCCIÓN

El papa Francisco, el 11 de abril de 2015, con la bula *Misericordiae vultus*, anunció la convocatoria de un año jubilar de la misericordia para toda la Iglesia que discurrirá desde el 8 de diciembre de 2015, con la apertura de la puerta santa de la basílica de San Pedro, hasta el cierre de la puerta en el día de Cristo Rey del 2016. El comienzo del año jubilar extraordinario coincidirá, por tanto, con los 50 años de la clausura del Concilio Vaticano II y tendrá como centro el atributo divino de la misericordia.

Desde el siglo XIV, la Iglesia a través de los jubileos ordinarios (cada cincuenta años al principio y, luego, cada veinticinco) o extraordinarios (como, por ejemplo, el del año 2000 en el comienzo del nuevo milenio) abre los tesoros de la gracia recibida de Jesucristo e invita a los fieles del mundo entero a ganar la indulgencia del año santo, con las condiciones requeridas y mediante las facultades concedidas a los sacerdotes del mundo entero.

El significado profundo de los años jubilares es la renovación por la conversión del corazón y la recepción de la confesión sacramental, por lo que espera el Santo Padre que los cristianos acudamos a la misericordia de Dios y a buscar el perdón de los pecados a través de ese sacramento. En este año jubilar, el Papa desea llamar a los fieles del mundo entero a meditar con mayor profundidad sobre el don de la misericordia de Dios y moverse al arrepentimiento de sus pecados.

El anuncio oficial del año de la misericordia tuvo lugar el Domingo de la Divina Misericordia, fiesta instituida por san Juan Pablo II en el primer domingo de Pascua y, asimismo, fecha del fallecimiento, de la beatificación y de la canonización de este Romano Pontífice tan querido.

Precisamente san Juan Pablo II escribió una encíclica sobre esta materia, la *Dives in misericordia*, el 30 de septiembre de 1980; era su segunda encíclica y estaba en los comienzos de su fecundo pontificado. En ella hay abundantes luces y sugerencias sobre este misterio insondable y conmovedor del Dios misericordioso.

El atributo divino de la misericordia había sido recordado por Dios de una manera especial con las revelaciones a una santa polaca, Faustina Kowalska (†1938), que fue canonizada el 30 de abril de 2000 por san Juan Pablo II, quien, además, consagró el mundo al Amor misericordioso el 17 de agosto de 2002 en Lagiewniki, con estas significativas palabras: «La misericordia de Dios pone un límite al mal».

La noticia del año jubilar convocado por el papa Francisco se enmarca en la dirección ya señalada por el Papa a tratar a nuestro prójimo con comprensión y delicadeza, es decir, con caridad extrema.

No obstante, si estudiamos los atributos divinos en los tratados de los grandes

escolásticos medievales, veremos que entre los atributos de Dios aparece el de la misericordia en último lugar. Evidentemente, desde el punto de vista entitativo son más importantes, por ejemplo, los atributos de la omnipotencia, belleza o bondad. Pero el Santo Padre desea subrayar que a nosotros, cristianos del siglo XXI, nos conviene fijarnos en la misericordia de Dios y acudir a ella ante la muchedumbre de nuestros pecados y de los del mundo.

El papa Francisco decía en el rezo del ángelus del lunes de Pascua de 2013: «Dios no se cansa de perdonar, es el hombre el que se cansa de pedir perdón». Y, lo que es peor, se cansa de perdonar a los demás, cuando el Señor le había dicho a san Pedro que debía perdonar hasta «setenta veces siete», es decir, con una misericordia infinita (cfr. *Mt* 18, 22).

Dios es rico en misericordia y nosotros también hemos de aprender a serlo. De ahí las palabras del evangelio que sirven al Papa como lema del año jubilar: «sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es Padre misericordioso» (*Lc* 6, 36). También desde la homilía del comienzo de su pontificado, el papa Francisco ha llamado a los cristianos a vivir la misericordia y la ternura con los demás.

En los próximos meses se celebrarán congresos, reuniones y conferencias sobre la misericordia de Dios y sobre la gracia de una nueva conversión personal y evangelizadora. Mayores serán los frutos que, con la gracia de Dios, vendrán al mundo al comprobar cómo la misericordia de Dios vence al pecado y al egoísmo.

Desde hace muchos siglos, el pueblo cristiano se dirige a la Virgen Santísima, al menos todos los sábados, y en tantos otros momentos, para recitar o cantar la antigua antifona de la Salve donde se pide a la Madre de Dios: «Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos». También nosotros, en este año que el papa Francisco ha querido dedicar a la meditación de la misericordia de Dios, deseamos volver nuestra mirada a la gracia de Dios que nos viene a través de María Santísima.

La misericordia de María como todas las demás prerrogativas marianas se derivan de manera natural de ser ella la Madre de Dios. Esa ha sido siempre la fe de la Iglesia. Contra los que la negaron, el concilio de Éfeso proclamó que, «si alguno no confiesa que el Emmanuel es verdaderamente Dios, y que por eso la Santísima Virgen es Madre de Dios, puesto que engendró según la carne al Verbo de Dios encarnado, sea anatema» (Concilio de Éfeso, *Denzinger-Schön*, n. 252).

Son innumerables las intervenciones de la Virgen a favor de sus hijos los hombres que han quedado recogidas en los archivos, en el arte y en las vidas de los cristianos. Son muchos más los dones marianos que han quedado entre Dios y los hombres, en la memoria de cada cristiano.

Recordar algunas de esas intervenciones sobrenaturales, verdaderas mercedes, ayudará a que muchos hombres y mujeres aviven su confianza en María y se abran a la

petición confiada de la ayuda del cielo, a través de la Virgen.

A lo largo de las páginas de este libro, recorreremos algunos momentos históricos de la vida de la Iglesia y de los cristianos en donde la Virgen ha mostrado su misericordia para cada uno de sus hijos y aprenderemos a acudir a ella en todos los momentos y circunstancias de nuestra vida.

Al igual que hace san Alfonso María de Liguorio en la introducción a su obra *Las glorias de María* (Liguorio, 1970: 27), tampoco nosotros deseamos darle a las intervenciones de la Virgen a favor de los hombres que reseñamos más valor que el que la Iglesia en su Magisterio les haya concedido. Unos, por tanto, serán milagros probados, otros serán gracias otorgadas por su mano y, siempre, caricias de una madre a sus hijos, con el deseo de que volvamos a su divino Hijo.

En esas narraciones hay un fondo de profunda confianza en Dios y en su Madre Santísima.

Antes de terminar esta introducción deseo expresar que, entre los muchos recuerdos de la vida de los santos que han acudido a la Virgen, haré especial referencia a sucesos de la vida de san Josemaría Escrivá de Balaguer (cfr. Dolz, 2012) por una sencilla razón; de sus labios aprendí a amar a la Virgen y a acudir a ella, y he meditado muchas veces los ejemplos de su vida. Estoy seguro de que esos ejemplos, como los demás que se recogen en este trabajo, ayudarán al que los lea.

Esas ayudas son las primordiales, experimentarlas depende de nosotros, agradecerlas también y, siempre, contar con ellas.

JOSÉ CARLOS MARTÍN DE LA HOZ
Split (Croacia)-Madrid (España)

1. EL ROSTRO DE LA MISERICORDIA

Los niños recién nacidos siguen a su madre, la miran, confían en ella. Cuando está a su vista y les sonrío, tienen seguridad y paz. Cuando la madre sale de la habitación lloran, de ese modo muestran con sencillez que necesitan que vuelva, pues solo así están seguros y tranquilos.

En la vida cristiana, Dios ha querido que tengamos una madre en la tierra y una madre en el cielo. De hecho, en el momento culminante de la muerte redentora de Jesús en la cruz, nos entregó a su Madre por madre nuestra en la figura del apóstol Juan: «Ahí tienes a tu madre» (*Jn 19, 25*). Y, como añade el evangelio: «Y el discípulo la recibió en su casa», es decir, la metió en su vida, la tomó como madre y cuidó de ella.

Es lógico que los primeros cristianos al desperdigarse por todo el orbe desearan tener la mirada de la Virgen delante de sus ojos. De ahí, esa larga tradición de atribuir a san Lucas la antigua pintura que se veneraba en una catacumba romana.

La mirada de la Virgen Santísima en todas sus imágenes nos recuerda su presencia junto a cada uno de sus hijos los hombres. El brillo de los ojos de María es especial, pues es fruto de su oración diaria, de la contemplación divina, es una mirada acogedora, misericordiosa, que nos llena de paz y de consuelo.

Recordemos las palabras con las que el Santo Padre comienza su bula de convocatoria del año de la misericordia: «Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre. El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra. Ella se ha vuelto viva, visible y ha alcanzado su culmen en Jesús de Nazaret. El Padre, “rico en misericordia” (*Ef 2, 4*), después de haber revelado su nombre a Moisés como “Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y pródigo en amor y fidelidad” (*Ex 34, 6*), no ha cesado de dar a conocer en varios modos y en tantos momentos de la historia su naturaleza divina. En la “plenitud del tiempo” (*Ga 4, 4*), cuando todo estaba dispuesto según su plan de salvación, él envió a su Hijo nacido de la Virgen María para revelarnos de manera definitiva su amor. Quien lo ve a él ve al Padre (cfr. *Jn 14, 9*). Jesús de Nazaret con su palabra, con sus gestos y con toda su persona revela la misericordia de Dios» (Papa Francisco, 2015: n. 1).

La Virgen de Guadalupe

En la crónica Nican Mpohua compuesta en lengua nahualt, a mediados del siglo XVI, se narra el encuentro de la Virgen Santísima con el indio Juan Diego en diciembre de 1531. La historia culmina con la entrega de su propia imagen en la tilma del indio en presencia del obispo de México, fray Juan de Zumárraga. Desde entonces, la devoción a

la Virgen de Guadalupe se ha extendido por toda América y por el mundo entero hasta nuestros días.

Así pues, a principios de diciembre de 1531, yendo de camino, oyó el indio una voz dulce que en su lengua nativa le preguntaba adónde iba. Vio una Señora envuelta en resplandores que le decía que se levantara allí mismo un templo, pues quería derramar desde ese santuario sus clemencias sobre las gentes recién salidas del paganismo. Cuenta también la historia cómo el obispo de México, fray Juan de Zumárraga, dio largas al indio; y, cuando este de nuevo volvió con el mensaje, le pidió pruebas. Por tercera vez se apareció la Señora a Juan Diego e hizo florecer milagrosamente un rosal, poniendo una brazada de rosas en la tilma del indio. Al presentarse al obispo y abrir la manta, cayeron al suelo las rosas. Su fragancia llenó la habitación y en el tejido de la tilma apareció estampada la imagen que en el santuario se venera.

La Virgen de Guadalupe y la evangelización de Nueva España

El comienzo de la evangelización del imperio azteca se produce en el mismo viaje de Hernán Cortés, tanto por parte de los frailes que le acompañaban, como por el propio Cortés en sus discursos a los caciques de los diferentes pueblos que iba dominando, y en muchas de las decisiones que tomaba.

Después de la definitiva conquista de la capital y del establecimiento del gobierno, se reunió la primera Junta que se ocupará de la puesta en marcha de la evangelización de los pueblos que ya pertenecían a la corona de Castilla. Son de particular interés los acuerdos de esa Junta para corroborar que la presencia de los españoles allí está de acuerdo con la donación de aquellas tierras recién descubiertas a España por el papa Alejandro VI.

El impulso de la evangelización cobrará un gran impulso con la llegada de los primeros doce franciscanos en 1524 y su inmediato despliegue por las tierras de la Nueva España. El recibimiento de Cortés rodilla en tierra y besando el hábito de fray Martín de Valencia, que era el superior, causó admiración entre los indígenas y les hizo recapacitar sobre la importancia del mensaje que iban a recibir.

A este esfuerzo se sumarán los dominicos en 1526, los agustinos en 1532, etc. El pueblo acudió en masa a recibir la catequesis previa al bautismo y, en pocos años, fueron millones los bautizados. Así lo relataba uno de los protagonistas de aquella aventura sobrenatural: «yo creo que después que la tierra se ganó, que fue el año de 1521, hasta el tiempo que esto escribo, que es en el año de 1536, más de cuatro millones de ánimas se bautizaron» (Toribio de Benavente, 1914: 105).

Decaimiento e implantación de la Iglesia

Como era de esperar, los ánimos, a los pocos años, decayeron: esto es lógico, pues el cristianismo, como el amor, se apoya en las virtudes, que tardan en consolidar por la

lucha ascética. Una cosa es la conversión y otra, la santidad, es decir, la coherencia de fe y vida.

Por ello, no es de extrañar la reaparición de antiguos vicios: excesos de bebida, uso indebido del sexo, e incluso el regreso a la idolatría, o lo que denomina Borges «la religión yuxtapuesta» (Borges, 1960: 170).

Era, por tanto, el comienzo de la verdadera evangelización en profundidad, con la constante formación de los indígenas, la administración de los sacramentos y la atención de los enfermos y necesitados.

Es este un período delicado, en el que se aprecia un cierto desánimo entre algunos de los evangelizadores. Entonces aparecen opiniones negativas sobre la capacidad de los indios para vivir la fe cristiana, estallan las disputas sobre el tiempo del catecumenado, etc. Junto a esto, se producen algunas defecciones de frailes y el mal ejemplo de algunos españoles que debían ser un modelo para los naturales y, desgraciadamente, eran todo lo contrario. Como decía Cortés en su famosa carta a Carlos V: «Es notorio que la más cantidad de gente española que acá pasan son de baja manera y suerte, y viciosa de diversos vicios y pecados, y si a estos tales se les diese licencia de andar por los pueblos de los indios, antes se convertirían los indios a sus vicios que los atraerían los españoles a la virtud» (Cuevas, 1928: 22).

La misión evangelizadora es una tarea humana, de hombres, de esfuerzo catequético y métodos de pastoral, pero es fundamentalmente la tarea sobrenatural, basada en la oración, en el sacrificio y en la ayuda del cielo.

Junto a las abundantes gracias derramadas por el Espíritu Santo, sin las que la conversión de esos pueblos no habría sido posible, emerge en la historia de la evangelización de Nueva España la intervención poderosa de la Virgen. Las apariciones de Guadalupe en 1531 al indio Juan Diego que culminaron en la entrega de su propia imagen grabada en la tilma del indio, marcaron un hito trascendental, no solo por lo que representa tener un tesoro para la piedad de los indios de esa categoría, sino también por el momento preciso en que se entrega.

Indudablemente, tanto Hernán Cortés como el obispo Zumárraga fueron conscientes de la importancia de este milagro desde el primer momento, y tras un tiempo de contención del hecho, para evitar un rebrotamiento de la idolatría, se llegó a un desbordamiento de la piedad de los indios, que aún continúa en la actualidad. Los ojos de la Virgen recogerán la mirada de fe de sus hijos y les fortalecerá en su vida cristiana.

Contemporáneamente, tenía lugar una aparición de la Virgen, recogida por fray Agustín de Vetancourt, que quizá ha pasado algo desapercibida, pero que ayuda a explicar muchas cosas. Según este cronista las palabras de la Virgen fueron las siguientes: «Hijos queridísimos, sabed que por gracia de mi Señor Jesucristo estaré con vosotros corporalmente hasta el fin del mundo, y aunque no como mi hijo en el Sacramento,

porque no es lícito, entonces conoceréis que estoy en las imágenes pintadas, o de bulto presente: entonces de cierto cuando por ellas obrare maravillas» (Vetancourt, 1961: 349).

Hace pocos años se han realizado fotografías de los ojos de la imagen de la Virgen de Guadalupe y se ha podido observar que están grabadas en la retina las imágenes del obispo Zumárraga, del indio Juan Diego y de una pareja joven con un niño. Es esta la comprobación de esa aparición narrada por Vetancourt y, sobre todo, la veracidad de aquellas palabras al conectarlas con la imagen de Guadalupe.

Así terminó por consolidarse la evangelización de América; ella llegó cuando era más necesario: «Desde que el indio Juan Diego hablara de la dulce Señora del Tepeyac, Tú, Madre de Guadalupe, entras de modo determinante en la vida del pueblo de México» (Juan Pablo II, *Homilía inaugural del CELAM en México*, 27-I-1979).

2. LA VIRGEN DE LOS NAVEGANTES

Es tradicional representar la vida cristiana como una navegación a través de los procelosos mares de la existencia, sometidos al viento y a las borrascas hasta llegar al puerto de la eterna bienaventuranza del cielo. En esa particular singladura, además de los medios humanos, de la pericia del piloto y de las características de la nave, los navegantes cristianos siempre han contado con María Santísima como la Virgen del mar.

A la Virgen se la denomina *Ipsa duce* y estrella de la mañana, a Ella han acudido con veneración los cristianos, pues, como cantaba san Bernardo: «Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas en los escollos de las tribulaciones, mira a la estrella, llama a María» (San Bernardo, 1987: 58).

Ese modo de plantear la vida cristiana tiene fuertes raíces evangélicas en la vida de los primeros apóstoles, varios de ellos pescadores, que llevaban grabadas en su mente las imágenes de la tempestad en el lago junto a Jesús o el naufragio de san Pablo que narra san Lucas con todo lujo de detalles en los Hechos de los Apóstoles.

Además, no podemos olvidar que el cristianismo se transmitió a través de las rutas marítimas del Mediterráneo y a través de las calzadas romanas, hasta los últimos pagos, es decir, en los lugares más recónditos.

En una nave se experimenta siempre la mayor inestabilidad, pues, por mucho calado que tenga el buque, siempre existe la sensación de estar entre el cielo y el agua. De ahí que los marineros cristianos se hayan agarrado a lo largo de la historia a la Virgen Santísima, como reza la Salve marinera.

El viaje de Cristóbal Colón

A Cristóbal Colón le costó mucho convencer a la reina Isabel de Castilla de las posibilidades de llegar a las Indias a través de la ruta de Occidente, pues la de Oriente era exclusiva de Portugal tras los últimos tratados firmados con Castilla.

En esencia lo que podía aportar el navegante Colón eran dos premisas; las corrientes marinas que le permitirían ir y volver por esa ruta y el tamaño del globo terrestre que posibilitaba realizar ese viaje en un tiempo razonable para los medios de la época.

Como han resaltado muchos autores, las condiciones de las Capitulaciones de Santa Fe entre la reina de Castilla y Colón eran tan favorables a este último que se asemejaban a un cheque en blanco.

Así pues, el dinero recibido fue invertido en lograr los barcos, las provisiones y los suficientes marineros para la expedición, muchos de ellos provenientes de las cárceles de Sevilla donde fue relativamente fácil reclutarlos: entre la muerte segura en el presidio y la

aventura naval, lo segundo tenía al menos un punto de esperanza.

La navegación de las naves de Colón fue normal hasta llegar a la isla de la Gomera, en el archipiélago canario, pero a partir de ahí las cosas se complicaron. Efectivamente localizaron las corrientes marinas y se acercaron a su destino, pero se encontraron con el mar de los sargazos donde la calma no les permitía avanzar. Después de solventar esos problemas, llegaron otros; las tormentas, la desorientación, etc.

Llegó un momento en que perdieron toda esperanza terrena, solo quedaba la ayuda del cielo, e hicieron una promesa a la Virgen: «Así cuando fue de día (15 de febrero de 1492) se encontraron del todo perdidos de vista el uno del otro. Y tenía por cierto cada uno que los otros habían naufragado; por cuyos motivos, encomendándose a las oraciones y a la religión, los del almirante echaron a suerte el voto de que uno de ellos fuese en peregrinación por todos a nuestra Señora de Guadalupe, y tocó en suerte al almirante» (Hernando Colón, 1992: 169).

Guadalupe de Cáceres

Hemos hablado en el capítulo anterior de la Virgen de Guadalupe de México y es lógico que hagamos una referencia la Virgen de Guadalupe de Cáceres.

La tradición cuenta que esa imagen fue un regalo del papa san Gregorio a san Leandro de Sevilla a quien había tratado en un concilio en Oriente en el siglo VII. Dicha imagen fue llevada a la localidad de Guadalupe en Cáceres (Marieta, 1596: 118).

Posteriormente, con la llegada de los musulmanes a Hispania en el 711 la imagen fue enterrada como otras muchas para impedir que fuera destruida y mancillada por los invasores.

Siglos después, en el XIII, un pastor llamado Gil Cordero encontró esa imagen de la Virgen de modo milagroso: había perdido una de sus vacas, así que la buscó durante tres días, al fin la halló muerta. Mientras la desollaba para aprovechar la carne se le apareció la Virgen para indicarle dónde estaba escondida la imagen de Guadalupe y pedirle que se levantara una capilla en ese lugar.

La sorpresa y el gozo de aquel hombre sencillo fueron muy grandes. Con gran alegría volvió a su casa para comunicarle al párroco del lugar los requerimientos de la madre de Dios. Pero al llegar a su casa se encontró con la dolorosa noticia de la muerte de su hijo pequeño.

Acudió con prontitud a la Virgen para que devolviera a la vida a su hijo y prometió servirla siempre. Tuvo lugar el milagro y el niño recuperó la conciencia con inmensa alegría de aquel hombre. Era otra prueba de la verdad de lo que estaba viviendo.

Desde entonces han sido muchas las gracias espirituales y materiales que la Virgen ha conseguido de su divino Hijo en aquellas tierras. La ermita ya estaba construida a finales del siglo XIII y la han visitado millones de personas, entre otros, el rey Alfonso IV, la

reina Isabel la Católica, que la enriqueció y visitó varias veces, y el emperador Carlos V, quien acudió cinco veces en su vida a Guadalupe de peregrinación.

La Virgen de Guadalupe, como Reina de la Hispanidad, es un lugar de gran importancia en la gesta evangelizadora americana. Allí acudieron, en un trasiego continuo, misioneros, soldados, funcionarios reales, etc., poniendo bajo su protección los proyectos que llevaron más allá del océano y construyeron muchas ermitas en América donde extendieron su devoción. De ahí que, cuando la Virgen en lengua nahuatl dijera su nombre al indio Juan Diego, este entendiera Guadalupe.

Desde el siglo XIV la ermita fue confiada por el rey de Castilla a los jerónimos, que estuvieron allí hasta el siglo XVIII y, después de la desamortización, se ocuparon de ella los franciscanos hasta la actualidad.

El bautismo, puerta de la Iglesia

El bautismo es la puerta para entrar en la Iglesia. Atravesando el umbral accedemos a la intimidad con Dios y al tesoro de la gracia que la Iglesia administra: la Palabra de Dios, los sacramentos, etc.

Por eso es conmovedor señalar cómo la Virgen de Guadalupe de Extremadura recibió los primeros bautismos solemnes de América, para recordarnos que no debemos quedarnos en el umbral, sino entrar en la Iglesia para avanzar en el amor de Dios.

No hemos salido del pozo del pecado y de la oscuridad de la ignorancia, para quedarnos sentados en el brocal del pozo, sino para caminar tras la luz de Jesucristo y entrar en relación personal con Él.

Efectivamente, los primeros bautismos solemnes de indios se celebraron en el monasterio de Santa María de Guadalupe, a donde se dirigió Colón para cumplir la promesa que había hecho en su primer viaje a América y para llevar a un grupo de indígenas para ser bautizados el 29 de julio de 1496, como muestran los documentos allí conservados.

San Juan Pablo II en su encíclica *Redemptoris Missio*, subrayaba los estadios de la misionología: testimonio, anuncio, conversión, bautismo e implantación de la Iglesia local (Juan Pablo II, 1990: n. 58). La predicación o el anuncio se dirigen a lograr la conversión. Una conversión que en el caso americano fue espectacular. La conversión es un don del Espíritu Santo, que requiere fe y no poner límites a la acción de Dios; una fe que se abre a un proceso de santidad hasta hacerse discípulo de Cristo. Lograr esas conversiones auténticas es el objetivo de la gracia de Dios y de la misión apostólica. Este fue el camino de los primeros apóstoles: pedían conversión, cambio de vida y finalmente el bautismo. Con la vida de la gracia, nos hacemos miembros del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. En América hay que destacar el papel de los catequistas laicos, colaboradores y maestros, quienes, en situación de carencia de sacerdotes, aseguraron el

bautizo de los niños y la supervivencia de muchas prácticas cristianas.

La recepción del bautismo fue también en América la puerta de entrada en la Iglesia. Vino precedida de un período de catequesis previa que no llegó a un catecumenado propiamente dicho, pero fue lo suficiente para asegurar la validez del sacramento. La polémica surgida en Nueva España entre los dominicos y los franciscanos, por motivos de disparidad de criterios acerca de la metodología catequética, constituye una prueba de la seriedad con que se evangelizó. El famoso dictamen de la Universidad de Salamanca de 1541, que sirvió para dirimir la cuestión, aplicó la praxis tradicional de la Iglesia al caso americano.

En cualquier caso el desarrollo de la empresa evangelizadora respondió al deseo expreso de la Reina Isabel en su testamento, que fueran tratados los naturales como súbditos de la corona y que se llevara a cabo el compromiso adquirido con las bulas alejandrinas: atraerlos a la verdadera fe e instruirlos en ella.

3. CONSUELO DE LOS AFLIGIDOS

El año jubilar de la misericordia que vamos a vivir es la ocasión de meditar sobre la inmensa paciencia de Dios y su infinita compasión ante las aflicciones de sus hijos los hombres. A Dios le duelen nuestras miserias y debilidades, porque, entre otras cosas, le duele no vernos felices.

El Santo Padre Francisco, en el comienzo de la bula de convocatoria del año de la misericordia, hablaba de la Virgen con estas significativas palabras: «El Año Santo se abrirá el 8 de diciembre de 2015, solemnidad de la Inmaculada Concepción. Esta fiesta litúrgica indica el modo de obrar de Dios desde los albores de nuestra historia. Después del pecado de Adán y Eva, Dios no quiso dejar la humanidad en soledad y a merced del mal. Por esto pensó y quiso a María santa e inmaculada en el amor (cfr. *Ef* 1, 4), para que fuese la Madre del Redentor del hombre. Ante la gravedad del pecado, Dios responde con la plenitud del perdón. La misericordia siempre será más grande que cualquier pecado y nadie podrá poner un límite al amor de Dios que perdona. En la fiesta de la Inmaculada Concepción tendré la alegría de abrir la Puerta Santa. En esta ocasión será una Puerta de la Misericordia, a través de la cual cualquiera que entre podrá experimentar el amor de Dios que consuela, que perdona y ofrece esperanza» (n. 2).

La Virgen tiene un papel importante para orientarnos hacia el cielo y ayudarnos a madurar en el amor, pues detrás de las aflicciones hay importantes lecciones que aprender. Así una de las letanías del Rosario la denomina *Consolatrix afflictorum*: Consuelo de los afligidos.

Es lógico que recordemos la misericordia de Dios y su consuelo a través de su Madre Santísima, pues la primera necesidad del consuelo la experimentamos ante las aflicciones o golpes de la vida, que todos hemos padecido a lo largo de ella.

No olvidemos una sencilla realidad: los sufrimientos nos ayudan a madurar, a reordenar y purificar nuestras intenciones y nos sitúan en el auténtico camino del cielo, que es siempre el camino de la cruz.

Una mirada consoladora

El sufrimiento, como ha recordado san Juan Pablo II en su exhortación *Salvifici doloris*, es una vocación, una llamada de Dios y una invitación personal, para asociarnos en la obra de la Redención. Asumir esta realidad nos hace entender en parte el misterio del sufrimiento: «La respuesta que llega mediante esta participación, a lo largo del camino del encuentro interior con el Maestro, es a su vez algo más que una mera respuesta abstracta a la pregunta acerca del significado del sufrimiento. Esta es, en efecto, ante

todo una llamada. Es una vocación. Cristo no explica abstractamente las razones del sufrimiento, sino que ante todo dice: “Sígueme”, “Ven”, toma parte con tu sufrimiento en esta obra de salvación del mundo, que se realiza a través de mi sufrimiento» (Juan Pablo II, 1984: 26).

También la vocación al sufrimiento es una verdad consoladora para cuando las cosas cuestan. De ahí la tradición de los cristianos de colocar de modo visible imágenes de la Virgen en los templos y en las casas, para buscar en la mirada de María el necesario consuelo.

Los cristianos desde los primeros siglos han buscado los ojos de María, un rostro donde acudir, para mirarla y solicitar su intercesión misericordiosa. Otras veces la han llevado consigo, como la medalla escapulario o una imagen para que les sostuviera.

En la evangelización de América, muchos soldados y descubridores portaban consigo una imagen de la Virgen; es el caso, por ejemplo, de Alonso de Ojeda, quien «siempre llevaba consigo una imagen de la Virgen. Cuando tuvieron que pasar a la isla de la Española en busca de socorro, fueron a dar en una costa cenagosa del sur de Cuba y hubieron de caminar varias semanas con barro hasta las rodillas y la vida en peligro. Cada vez que descansaban sobre la raíces de algún mangle, allí plantaba Ojeda su imagen de la Virgen exhortando a todos a que la rezasen y pusieran en ella su confianza. En la mayor angustia, hizo voto de regalar la imagen al primer pueblo que hallaren, que fue Camagüey» (Iraburu, 1999: 52).

Con estas sencillas palabras se narra el origen de una de las imágenes de la Virgen que tiene hoy más devoción en América: La Virgen del Cobre, patrona de Cuba, donde es tan venerada en la actualidad.

Tiempos de adversidad

En la vida de san Josemaría Escrivá de Balaguer hay una constante ilusión por tener siempre a la vista una imagen de la Virgen, una mirada de María a donde acudir. Había una a la que tenía tanta devoción que la denominaba la Virgen de los besos: «Tenía una imagen de la Virgen (...) que llamaba la Virgen de los besos. No salía o entraba nunca, en la primera Residencia que tuvimos, sin ir a la habitación del Director, donde estaba aquella imagen, para besarla. Pienso que no lo hice nunca maquinalmente: era un beso humano, de hijo que tenía miedo... Pero he dicho tantas veces que no tengo miedo a nadie ni a nada, que no vamos a decir miedo. Era un beso de hijo que tenía preocupación por su excesiva juventud, y que iba a buscar en Nuestra Señora toda la ternura de su cariño. Toda la fortaleza que necesitaba, iba a buscarla en Dios a través de la Virgen». (Apuntes tomados de la predicación de san Josemaría, *Meditación*, 11-X-1964, en el Boletín san Josemaría hoy, n. 4, p. 2).

Poco tiempo después, en plena guerra civil, el Fundador del Opus Dei como tantos

sacerdotes de Madrid tuvo que esconderse pues la persecución religiosa fue muy intensa, especialmente en Madrid.

Después de muchas peripecias que no es momento de narrar, al fin logró una documentación, como intendente de la Legación de Honduras en Madrid, que le permitió circular por la ciudad atendiendo a escondidas a muchas almas.

Había recuperado algo de capacidad de movimiento y, entonces, buscó de nuevo la mirada de una imagen de la Virgen. Así lo narraba Vázquez de Prada: «Acostumbrado como estaba a tener en su habitación una imagen de la Virgen, a la que de cuando en cuando dirigía miradas de cariño, notó que le faltaba esa compañía. En vista de lo cual, se encaminó al centro de Madrid, a una tienda de la plaza del Ángel, en la que pensaba encontrar aquel tipo de mercancía, aunque en el escaparate no se vieran más que marcos y espejos. Cuando pidió una imagen de la Virgen –objeto entonces prohibido y peligroso–, se organizó un pequeño revuelo en la trastienda. Para convencer al dueño de su buena fe y de que no era un policía disfrazado, le mostró la documentación de Intendente extranjero y, no sin sobresalto, aquellas buenas gentes le sacaron una litografía de una Dolorosa, entregándole, con evidente nerviosismo, aquella imagen clandestina» (Vázquez de Prada, 2002: 126).

Por las calles de la ciudad

El amor y la devoción de san Josemaría a la Virgen, asimismo, le hacía descubrir como un enamorado las imágenes de la Virgen que había en la ciudad para manifestarle su afecto entrañable. De esa devoción a las imágenes de la Virgen distribuidas por las calles de Madrid ha dado testimonio Pedro Casciaro: «¿Cómo puede tener presencia de Dios un estudiante mientras estudia o anda por la calle? A este deseo responde de forma práctica san Josemaría a Pedro Casciaro, estudiante de Arquitectura, transmitiendo su experiencia: Semana tras semana, mediante aquella dirección espiritual, el Padre me fue acercando al Señor, ayudándome a mejorar en mi trato con Dios. No de golpe: poco a poco, con paciencia. Fue enseñándome a hacer todos los días un rato de oración mental, a tratar al Señor a lo largo de mi jornada y a vivir en presencia de Dios. Con respecto a esto último, un día le expuse mis dificultades: –Mire, Padre: es que yo pongo los cinco sentidos cuando me meto a fondo en algo y me olvido completamente de todo lo demás. Era verdad: cuando estudiaba, me enfrascaba en los libros de tal manera, que se me pasaban las horas volando sin la menor referencia sobrenatural. Como respuesta, el Padre me regaló un crucifijo –que aún conservo– para que lo llevara en el bolsillo y lo pusiera sobre la mesa de estudio o sobre el tablero de dibujo:

—Una mirada al crucifijo de cuando en cuando –me comentó–, o algunas jaculatorias te bastarán para convertir ese trabajo en oración. ¿Y para tener presencia de Dios en medio de la calle? Aquello no me parecía tan fácil. Me gustaba pasear por las calles de

Madrid contemplando las fachadas o analizando los aciertos o los errores arquitectónicos que iba encontrando. ¡Y el Padre me pedía que hiciera todo eso y, al mismo tiempo, fuera “metido en Dios”! ¿Cómo? –Vamos a ver, me dijo. Explicame qué caminos sueles hacer para ir desde la calle Castelló donde vives a la Escuela de Arquitectura o la Universidad. Empecé a recordar: primero tomaba la calle Goya; luego bajaba hasta la Castellana y después... Entonces fue enumerándome las imágenes de la Virgen que podía encontrar en mi camino: –...en la calle de Goya hay una pastelería, apenas volver la esquina de Castelló, que tiene una hornacina con la Purísima Concepción; al llegar a la estatua de Colón en el cruce con el Paseo de la Castellana, tienes en uno de los relieves del pedestal de la estatua una escena de los Reyes Católicos donde hay una imagen de la Virgen del Pilar... Me quedé sorprendido. Yo, que me fijaba tanto en todo, no me había dado cuenta de la existencia de esas imágenes que me podrían servir para mantener la presencia de Dios durante mis recorridos habituales. Aquello no era solo fruto de la gran capacidad de observación del Padre, sino que era la consecuencia del gran amor que sentía hacia la Madre de Dios. A partir de aquel día intenté poner por obra lo que me decía; y así, poco a poco, mi trabajo fue adquiriendo un nuevo sentido sobrenatural y mis andanzas por las calles de Madrid cobraron unas perspectivas hasta entonces absolutamente insospechadas» (Casciaro, 2001: 26-28).

4. ESPERANZA NUESTRA

El año jubilar de la misericordia acarreará muchos frutos a la Iglesia y a todos los cristianos, y uno de ellos será sin duda el de avivar nuestra esperanza en Dios y en su madre bendita.

Como se suele afirmar, la esperanza es lo último que se pierde cuando arrecian las dificultades materiales y espirituales. Cuando no se sabe a quién acudir en la tierra, siempre tenemos una esperanza: acudir a nuestra madre del cielo, bajo esa advocación de esperanza nuestra.

En los ejercicios espirituales que predicó san Juan Pablo II al beato Pablo VI, cardenales, arzobispos, obispos y sacerdotes de la Curia romana, en 1976, cuando era arzobispo de Cracovia y Polonia estaba sometida al poder comunista, después de narrar la situación de aquellos países sojuzgados por el comunismo, no faltó una esperanzada referencia a la Madre de Dios. En los períodos de persecución «de más enconada y premeditada contradicción, María aparece particularmente cercana a la Iglesia, porque la Iglesia es siempre como su Cristo, primero niño, después crucificado y resucitado» (Juan Pablo II, 2012: 259).

También el papa Francisco, en su bula de comienzo del año de la misericordia nos habla de la esperanza: «La Iglesia está llamada a ser el primer testigo veraz de la misericordia, profesándola y viviéndola como el centro de la Revelación de Jesucristo. Desde el corazón de la Trinidad, desde la intimidad más profunda del misterio de Dios, brota y corre sin parar el gran río de la misericordia. Esta fuente nunca podrá agotarse, sin importar cuántos sean los que a ella se acerquen. Cada vez que alguien tenga necesidad podrá venir a ella, porque la misericordia de Dios no tiene fin. Es tan insondable la profundidad del misterio que encierra, tan inagotable la riqueza que de ella proviene» (n. 25).

Por otra parte, y esto es capital en la etapa de la historia que estamos viviendo, los cristianos, por la fe en Jesucristo, debemos difundir el amor de Dios por toda la tierra, eso implica actuar con esperanza: el mundo necesita una inyección de ilusión y de optimismo, para dar respuestas innovadoras desde la fe a los problemas de cada lugar.

La Esperanza Macarena

Todos los años, el 18 de diciembre, la Virgen de la Esperanza Macarena de Sevilla está en solemne besamanos. Una larga cola de fieles suelen acudir a besarla y poner en ella la esperanza. A veces, para pedir una chispita de esperanza, porque es tanta la dificultad.

La basílica menor de Santa María de la Esperanza Macarena, popularmente conocida como basílica de la Macarena, es un edificio relativamente moderno. La Real, Ilustre y Fervorosa Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestra Señora del Santo Rosario, Nuestro Padre Jesús de la Sentencia y María Santísima de la Esperanza Macarena que tiene su sede en ella es, en cambio, bastante más antigua.

Su origen se sitúa en el año 1595 y fue fundada por el gremio de hortelanos de la ciudad en el desaparecido convento de San Basilio, que se encontraba situado en la calle Relator. Se trasladó en 1653 a la parroquia de San Gil, fusionándose con la Cofradía de Nuestra Señora del Santo Rosario. Allí residió durante casi tres siglos.

El año 1936, como otras muchas iglesias de la zona, sufrió las iras de las turbas, aunque las imágenes se salvaron al ser escondidas previamente en domicilios particulares. Solo se llevaban a la iglesia para el Besamanos, el Septenario y la Estación de Penitencia. Para ello, se trasladaban en una furgoneta desde la calle Orfila, donde estaban guardadas, hasta el templo; en recuerdo de estos viajes, el orfebre Seco Velasco labró una miniatura en oro de la mencionada furgoneta que fue donada por la familia Ruiz Ternero al Tesoro de la Hermandad. La Hermandad residió en San Gil hasta la construcción en 1949 de su iglesia, que obtuvo la dignidad de basílica menor mediante bula de Pablo VI en 1966.

Efectuó su primera salida procesional en 1615 y en la actualidad realiza su estación de penitencia durante la madrugada del Viernes Santo. Se trata de la Hermandad sevillana con mayor número de hermanos, 12.000 y de 2.800 nazarenos.

En el fondo de la mazmorra

Hay momentos en la vida en que parece que todo queda a oscuras, como si se hubiera apagado la luz, como si tuviéramos una profunda depresión. También en ese momento siempre está la esperanza en la Virgen.

En el Castillo de Almodóvar del Río, cerca de Córdoba, se conserva todavía la mazmorra: un lugar oscuro y lúgubre, que fue utilizado muchas veces como una cárcel de la que nunca nadie logró escaparse. En ella fueron reclusos algunos grandes personajes que pagaron caro sus enfrentamientos con el rey.

La mazmorra se encuentra debajo de la torre del homenaje del castillo y se accede a ella por una escalera de 28 peldaños que da acceso a una cámara de forma octogonal con bóveda vaída de rosca de ladrillo, en el centro de la estancia se sitúa un orificio de 80 centímetros de diámetro, por el cual se accede a la estancia más profunda del castillo. Allí se guardaron los tesoros de los reyes y a prisioneros importantes, como doña Juana de Lara y don Fadrique de Castilla. La caída libre de 8 metros hacía imposible la fuga.

Cuando se realizaron las obras de restauración del castillo, al descender a la mazmorra se descubrió una pequeña piedra, quizá un trozo de cal blanca desprendida de los muros por los cambios climáticos bruscos de frío y calor propios del clima

continental.

Aquella piedra blanca fue el instrumento para que uno de los nobles habitantes de la mazmorra, aprovechando la escasa luz que entraba en el lugar, pudiera realizar un pequeño dibujo en la pared. Se trata de un caballero montado en un caballo y detenido frente a una imagen de la Virgen. El dibujo es tosco pero suficiente para mostrar cómo aquel hombre estaba representando la esperanza en la madre de Dios y a ella acudía como el único agarradero en la vida.

La Virgen sostuvo la cabeza y el ánimo de aquel hombre para que no desvariase en la soledad de la dura prueba. Solo la conversación de un hijo abandonado por todos, pero nunca por su madre de la tierra y su madre del cielo, puede dar esperanza.

¿Quién puede consolarnos como ella que pone delante de Jesús nuestras muchas o pocas buenas obras y las hace valer?

Veía sin córnea

También la esperanza puede ser habitual. Puede ponerse la confianza en la Virgen y vivir en ella, y simplemente rejuvenecerla de vez en cuando. Así siempre se puede vivir esperanzado.

Este parece el caso de aquella mujer que dio a luz un hijo ciego, sencillamente no tenía córnea. Tras la sorpresa inicial aquella mujer supo volcar su corazón de madre que ama de modo único a cada uno de sus hijos.

También el niño supo aceptar los planes de Dios y se entregó a ayudar a su familia en la medida de sus posibilidades. Aquella casa era un hogar unido, porque les unía la fe y la esperanza.

Un día, aprovechando una fiesta, decidieron ir de peregrinación a Lourdes, como tantas familias francesas. Entonces el niño tenía ya siete años de edad. La noticia fue recibida por todos con ilusión y así llegaron al santuario.

La madre llevó al niño con ella a la gruta donde la Virgen hizo surgir un manantial de agua fresca y cristalina. Con primor pasó un pañuelo por los ojos de su hijo renovando el ofrecimiento que había hecho a la Virgen de la vida de su hijo. No pidió nada. Entre dos madres unidas no hacen falta palabras para expresar el amor que ambas tenían a ese niño: tenía una madre en la tierra y una madre en el cielo. Primorosamente, aquella mujer secó los ojos con el pañuelo, bebieron un poco y salieron de la gruta.

No había pasado mucho tiempo cuando el niño se acercó a su madre y le dijo: «mamá, qué guapa eres. No te imaginaba tan hermosa». A la madre complacida le dio un vuelco el corazón. De repente, su oración se hizo firme y su fe, segura. Sí, el niño veía y estaba piropeando a su madre.

Aquel abrazo y aquellos besos a su hijo se repitieron muchas veces. La Virgen había alcanzado de Dios la gracia permanente de ver sin córnea. Una manifestación constante

de la intervención poderosa de María y un desafío a la ciencia. Un milagro permanente pero real que los médicos siguen sin encontrar explicación científica.

5. REFUGIO DE LOS PECADORES

Todos los cristianos hemos experimentado muchas veces que la muchedumbre de nuestros pecados nos abrumba. Son tan constantes, son tan pegajosos. Cuántas veces nos proponemos mejorar y, con cuánta frecuencia, nos asalta la debilidad.

El papa Francisco lo decía el primer día de Pascua desde el balcón de la plaza de San Pedro: «Dios no se cansa de perdonar. Es el hombre el que se cansa de pedir perdón». Es lógico que nos cansemos, pues es siempre una hartura volver a empezar. Parece que siempre estamos empezando el camino, que no avanzamos.

Precisamente, porque podemos sentirnos pecadores irremediables, en la bula de anuncio del año de la misericordia, decía el Santo Padre: «Así pues, la misericordia de Dios no es una idea abstracta, sino una realidad concreta con la cual él revela su amor, que es como el de un padre o una madre que se conmueven en lo más profundo de sus entrañas por el propio hijo. Vale decir que se trata realmente de un amor “visceral”. Proviene desde lo más íntimo como un sentimiento profundo, natural, hecho de ternura y compasión, de indulgencia y de perdón» (n. 6).

A veces parece como si el peso de los pecados hiciera imposible ver a Dios. Frente a esa sensación real, podemos recordar lo que expresaba san Juan Pablo II: «María aparece como Aquella que atrae a los pecadores y les revela, con su simpatía e indulgencia, el don divino de la reconciliación» (Audiencia 11-V-1983).

El hijo pródigo

Una de las escenas más conmovedoras de la Sagrada Escritura, donde se muestra el corazón misericordioso de Jesús y de María, es la parábola del hijo pródigo. Es lógico que, en este año jubilar dedicado a la meditación de la misericordia de Dios, volvamos nuestros ojos, aunque sea con rapidez, a las palabras del Señor. Comencemos por releer el texto: «Un hombre tenía dos hijos. El más joven de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de hacienda que me corresponde. Y les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo más joven, reuniéndolo todo, se fue a un país lejano y malgastó allí su fortuna viviendo lujuriosamente. Después de gastar todo, hubo una gran hambre en aquella región y él empezó a pasar necesidad. Fue y se puso a servir a un hombre de aquella región, el cual lo mandó a sus tierras a guardar cerdos; le entraban ganas de saciarse con las algarrobas que comían los cerdos; y nadie se las daba. Recapacitando, se dijo: ¡cuántos jornaleros de mi padre tienen pan abundante mientras yo aquí me muero de hambre! Me levantaré e iré a mi padre y le diré: padre, he pecado contra el Cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus

jornaleros. Y levantándose se puso en camino hacia la casa de su padre. Cuando aún estaba lejos, lo vio su padre y se compadeció; y, corriendo a su encuentro, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Comenzó a decirle el hijo: Padre, he pecado contra el Cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus criados: Pronto, sacad el mejor traje y vestido; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo, y vamos a celebrarlo con un banquete; porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado. Y se pusieron a celebrarlo» (Lc 15, 11-23).

Estas palabras de Jesús cobran particular importancia en este año de la misericordia, pues apuntan directamente a mostrarnos las dimensiones del Corazón de Jesús y de su infinita capacidad de amarnos.

El Santo Padre al comentar esta escena en la bula de convocatoria del año misericordioso recordaba a los sacerdotes cuáles han de ser también sus entrañas de misericordia en el sacramento de la confesión: «Cada confesor deberá acoger a los fieles como el padre en la parábola del hijo pródigo: un padre que corre al encuentro del hijo no obstante hubiese dilapidado sus bienes. Los confesores están llamados a abrazar ese hijo arrepentido que vuelve a casa y a manifestar la alegría por haberlo encontrado» (n. 17).

María la Egipciaca

En el siglo IV, una vez recuperada la libertad de la Iglesia, en tiempos del emperador Constantino, pudo recuperar sus actividades con normalidad. Enseguida, como una familia, recordaron los lugares donde había vivido Jesús durante el tiempo de su vida terrena.

La madre del emperador, santa Elena, peregrinó a Tierra Santa y asistió al hallazgo de la verdadera cruz en la que se había consumado la redención del género humano. Al excavar en el monte Gólgota hallaron tres cruces enterradas. La cuestión era sencilla: cuál de ellas era la del Redentor.

Aquellos hombres y mujeres de fe tomaron una genial decisión: depositar un moribundo sobre cada una de ellas. En la primera quedó igual, en la segunda mejoró y en la tercera se curó de su enfermedad. Era la *vera crux* y así quedó identificada.

Con la ayuda económica de santa Elena se edificó la primera basílica de la Santa Cruz y aquel primer 15 de septiembre fue convocada la cristiandad para visitar aquel templo y honrar los restos de la santa cruz.

Desde todos los lugares de la cristiandad se dirigieron en gran número los cristianos deseosos de llegar a Jerusalén. También desde Alejandría partieron varias naves. En una de ellas se embarcó una joven disoluta llamada María. Viajaba más por curiosidad que por otra cosa y, de hecho, en el viaje intentó seducir a algunos de los peregrinos.

Después de unas horas de navegación tocaron tierra y, finalmente, arribaron a la

ciudad santa. El ambiente era de gran recogimiento y deseos de reconciliarse con Dios y encontrar una nueva conversión mediante la penitencia. María la egipciaca se introdujo en la gran riada humana, pero cuando intentó entrar en la iglesia no podía. Era como si una puerta de cristal blindado lo impidiera. Tras muchos intentos desistió y se salió de la cola.

Deambulando por la ciudad se preguntaba por qué no podía entrar como los demás. Poco a poco se fue dando cuenta de la fealdad de sus pecados y comenzó a brotar en su corazón el dolor de amor de Dios. Él no la dejaba ver su cruz salvadora hasta que se arrepintiera. La Virgen de la misericordia la fue moviendo al dolor y a la confesión.

Una vez recibida la absolución de sus pecados, de la mano de la Virgen, pudo entrar en la basílica de la Santa Cruz; la puerta que lo impedía había desaparecido y así pudo adorar la cruz del Señor y sellar su conversión hasta llegar, años después, a la santidad.

La tibieza impide escuchar a Dios

Muchas veces nuestros pecados habituales, por la falta de reacción, conducen al estado de la tibieza. El acostumbamiento, el poco dolor, la superficialidad, el retraso en la confesión, hace genérica la lucha y pobre el amor. Recordemos también la invitación del Papa en la bula a la reconciliación con Dios: «La palabra del perdón pueda llegar a todos y la llamada a experimentar la misericordia no deje a ninguno indiferente. Mi invitación a la conversión se dirige con mayor insistencia a aquellas personas que se encuentran lejanas de la gracia de Dios debido a su conducta de vida. Pienso en modo particular en los hombres y mujeres que pertenecen a algún grupo criminal, cualquiera que este sea. Por vuestro bien, os pido cambiar de vida. Os lo pido en el nombre del Hijo de Dios que, si bien combate el pecado, nunca rechaza a ningún pecador» (n. 19).

La experiencia muestra que es más fácil que un gran pecador se convierta a que un tibio reaccione. El motivo es que el tibio ha superficializado todo. Jesús aparece desvaído ante sus ojos y la piedad puede parecerle una farsa.

La Virgen de la misericordia nos enseña en quién debemos confiar, dónde está el refugio a donde podemos acudir. Con su intercesión poderosa logrará que la palabra de Dios taladre, atraviese los muros de acero que la tibieza haya levantado.

Como dice san Josemaría en *Camino*, la Virgen pone a arder los corazones: «El amor a nuestra Madre será soplo que encienda en lumbre viva las brasas de virtudes que están ocultas en el rescoldo de tu tibieza» (Escrivá, 1987: n. 492).

Para subrayar más esto recordemos el caso de aquel afamado predicador, que había caído en la tibieza de su alma y había desesperado de la conversión del pueblo que venía a escucharle. Un día de fiesta la iglesia estaba llena, mientras predicaba con fuerza, según la retórica, iba pensando distraídamente: «ese escucha todo pero no comprende nada. El resto no entienden nada y ni siquiera escuchan. La mayoría están aquí para verme y que

les vea. Yo en realidad para qué he venido. Para quién he preparado este discurso. Para mí. ¿Para qué predicar si no es para convertir al pueblo a Dios a su amor?».

De repente perdió el hilo. Pasaron unos minutos y todos despertaron y levantaron la mirada. Entonces, por una luz de la Virgen misericordiosa, retomó la homilía y habló del pastor y de la angustia de la oveja perdida. El pastor no soporta verla perdida. La oveja está perdida cuando no se cree ya amada por Dios. Finalmente con convicción de amor a Dios y de confianza en la Virgen exclamó: «Soy como todos mis hermanos, la oveja perdida del Señor. Él vendrá a salvarme, porque me ama» (Zink, 2000:112).

Terminó la predicación y tanto él como sus oyentes fueron a buscar la gracia en el sacramento de la confesión. La Virgen de la misericordia había despertado el amor de nuevo y la tibieza, por el momento, había sido vencida.

6. LA OMNIPOTENCIA SUPLICANTE

Somos criaturas de Dios y, como hombres, sujetos a necesidades materiales y espirituales. Nuestra personal limitación y debilidad es real, por eso somos siempre pedigüenos y, habitualmente, poco agradecidos.

En cambio, Dios es omnipotente, generoso, magnánimo. Es importante que el Santo Padre Francisco al hablar de la misericordia de Dios no deje de recordar que su misericordia está unida a su omnipotencia: «“Es propio de Dios usar misericordia y especialmente en esto se manifiesta su omnipotencia” (Santo Tomás, *Suma*, II-II, 30, 4). Las palabras de santo Tomás de Aquino muestran cuánto la misericordia divina no sea en absoluto un signo de debilidad, sino más bien la cualidad de la omnipotencia de Dios. Es por esto que la liturgia, en una de las colectas más antiguas, invita a orar diciendo: “Oh Dios que revelas tu omnipotencia sobre todo en la misericordia y el perdón”. Dios será siempre para la humanidad como Aquel que está presente, cercano, providente, santo y misericordioso» (n. 6).

Los hombres podemos, por tanto, apoyarnos en la omnipotencia de Dios para acudir a su perdón y, también, nos viene bien recordar que podemos acudir a la Virgen como intercesora delante de Dios, pues como afirmaba san Josemaría, la Virgen es la «omnipotencia suplicante», pues su hijo no le niega nada de lo que le pide. Como Él lo puede todo y ella consigue todo lo que le pide, la ecuación es simple: acudamos a la Virgen confiando en ella como la omnipotencia suplicante.

Las bodas de Caná

A lo largo de la vida, Dios a veces permite que pasemos por la de la indigencia, del quedarnos sin nada, necesitados, pues solo así aprendemos a quién tenemos que acudir y con qué seguridad y confianza debemos hacerlo.

La narración de la escena de las bodas de Caná será siempre, para los cristianos, una referencia obligada; la prueba constante de cómo actúa María misericordiosa a favor de sus hijos: «Se celebró una boda en Caná de Galilea y asistía la madre de Jesús. Fue también Jesús con sus discípulos al banquete» (*Jn* 2, 1-2). Fue invitado Jesús a una boda; una explosión de alegría que podía prolongarse por espacio de una semana. «Con su presencia Jesús santifica aquel lugar y el sacramento del matrimonio» (Pablo VI, 1974: n. 57)

«Y, como faltase el vino, dice a Jesús su madre: “No tienen vino”» (*Jn* 2, 3). María estaba preocupada por la felicidad de aquel matrimonio joven que, o no supieron calcular o no tenían medios económicos, pues se habían quedado sin un elemento fundamental

para la fiesta como era el vino.

Conocemos bien el diálogo que sostienen Madre e Hijo y cómo María adelanta la hora de su Hijo a favor de aquellos hombres. Pero ahí queda esa expresión final del evangelio para los cristianos de todos los tiempos «Haced lo que Él os diga» (*Jn* 2, 5). Bastan esas palabras para que Jesús produzca más de 600 litros de un vino de inmejorable calidad, que hace reaccionar al maestresala. Jesús anticipa su hora y María se anticipa en su mediación de todas las gracias.

El «Haced lo que Él os diga» es, por tanto, un mensaje muy claro. En él está la respuesta ante cualquier problema grande o pequeño: acudir a María para que ella le diga a su Hijo que lo haga. Pero también para los cristianos hay un claro mensaje: hacer lo que Dios nos diga, ponernos a su servicio, a lo que quiera necesitar de nosotros. Basta con saber si estamos haciendo lo que Él nos pide para saber si somos felices o no.

Con este milagro comienza la vida pública de Jesús y su predicación, que se cerrará en el Gólgota, en el «testamento de la cruz» (Juan Pablo II, 1987: n. 23), con aquella indicación al apóstol predilecto: «Ahí tienes a tu madre» (*Jn* 19, 27). La vida pública de María se incoa en Caná y toma carta de naturaleza en el Gólgota (cfr. Juan Pablo II, 1987: n. 45).

Tríptico de Navarra

Acudir a la Virgen para alcanzar los dones del cielo. Esta es la enseñanza de la Iglesia y este es el sentir del pueblo cristiano a lo largo de la historia, como una y otra vez veremos a lo largo de estas páginas.

Las tradiciones de una familia, como la cristiana, son antiguas pues más de veinte siglos de experiencia así lo muestran. Verdaderamente, el cristianismo es una familia con abolengo, lo que es signo de orgullo para nosotros.

En ese sentido los artistas cristianos de todos los tiempos han sabido expresar el sentir del pueblo y recoger esas tradiciones. Así en tantas iglesias, tesoros de las catedrales y museos, se pueden encontrar esas tradiciones hechas obras de arte.

El arte cristiano ha sido siempre una verdadera catequesis, pues durante muchos siglos los hombres y mujeres eran analfabetos, pero oían las explicaciones catequéticas antes de hacer la primera comunión, o en la antigüedad antes del bautismo y, luego, la transmitían a sus hijos.

Muchas veces los padres explicaban a sus hijos las verdades de la fe delante de un cuadro o en el pórtico de la iglesia. Existen auténticos compendios de la Sagrada Escritura como el Pórtico de la gloria de la catedral de Santiago o el de la Colegiata de Toro.

En el Museo de Navarra hay un tríptico con tres escenas muy ilustrativas: en la primera tabla de la izquierda aparece un hombre que reza ante una imagen de la Virgen

que está sentada con el niño sobre sus rodillas. El rostro del hombre indica inquietud y fe.

En la segunda, la central, el niño está pintado sentado en el trono y la Virgen, que ha dejado al niño, se ha situado de rodillas orante junto a aquel hombre. Ambos miran con absoluta confianza al Niño Dios y ponen en Él su seguridad.

La tercera tabla, a la derecha, muestra cómo el niño con los brazos extendidos ha concedido el favor y los rostros de la Virgen y del hombre expresan el gozo y el agradecimiento ante los dones recibidos.

Hemos de acostumbrarnos a pedirlo todo a través de Ella; eso es descubrir que María está en el cielo viva y operante, es decir, pendiente de sus hijos. Por ser la Madre de Dios, es intercesora poderosa delante de Dios (*ibid.*, n. 38).

En la vida ordinaria

En la vida ordinaria hay muchos momentos de tentación, de decaimiento, de debilidad, por eso el recurso a la Virgen ha de ser habitual, constante y natural. De ese modo, se hace realidad lo que escribía san Josemaría en un punto de *Camino*: «Antes, solo, no podías... –Ahora, has acudido a la Señora, y, con Ella, ¡qué fácil!» (Escrivá, 1987: n. 513).

También lo expresaba de modo gráfico san Alfonso María de Ligorio, cuando recomendaba que, en caso de tentación, se rezase un Avemaría. ¿Y si continuaba la tentación? Aconsejaba rezar otra Avemaría. Y así sucesivamente, hasta concluir con una expresión muy gráfica: «El demonio nunca rezará el Rosario con nosotros». Tarde o temprano habrá concluido la tentación y, mientras tanto, habremos estado en presencia y conversación con la Virgen.

Así pues, es preciso acudir a Ella, pues qué mejor manera de vivir santamente la vida ordinaria que estar entretenidos en una conversación constante con la Virgen Santísima de la mañana a la noche.

No olvidemos que la santidad en la vida ordinaria a la que hemos sido llamados la mayoría de los cristianos la ha vivido María primero. Hablar con ella es, pues, una constante lección de fe, de amor y de humildad. Así el Amor a Dios no está en lo espectacular, sino en lo ordinario. Como expresaba san Josemaría en *Conversaciones*: «No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca» (Escrivá, 1987: n. 114).

7. EL ATAJO PARA LLEGAR A JESÚS

A lo largo del camino, el caminante se cansa y desea encontrar un atajo que reduzca el tiempo y el cansancio para alcanzar la meta. Unas veces el problema es la premura, otras el atolondramiento, siempre el deseo de llegar antes.

En la vida espiritual también, en muchas ocasiones, se hace necesario encontrar un atajo para arribar a la meta y enseguida se descubre que el camino más corto para llegar al corazón de Jesús es ir a través del corazón de su madre.

Ese es el deseo del Santo Padre Francisco en este año de la misericordia; llevar a las almas a descubrir el corazón misericordioso de Jesús y de María: «La primera verdad de la Iglesia es el amor de Cristo. De este amor, que llega hasta el perdón y al don de sí, la Iglesia se hace sierva y mediadora ante los hombres. Por tanto, donde la Iglesia esté presente, allí debe ser evidente la misericordia del Padre. En nuestras parroquias, en las comunidades, en las asociaciones y movimientos, en fin, dondequiera que haya cristianos, cualquiera debería poder encontrar un oasis de misericordia» (n. 12).

La Iglesia, como Nazaret, es el hogar al que siempre se vuelve. Volver a Nazaret. Volver a María. Por grandes que hayan sido nuestros errores, siempre encontraremos aliento y comprensión en nuestra madre del cielo. A pesar de todo lo que haya sucedido, hemos de buscar en Ella consuelo y soluciones.

Como toda familia, la cristiana tiene su aire y sus tradiciones, los hijos se parecen a sus padres, tienen sus gestos y sus expresiones. Se entiende muy bien que María viva junto a sus hijos para educarnos en la fe y para sostenernos en nuestra vida. Madre, esposa, amor. De Ella lo aprendemos todo porque en su compañía y de sus consejos vivimos.

No es María una madre que gusta de tener a sus hijos pegados a las faldas, como esas madres medrosas que dan consejos protectores; ella nos lanza a la calle, a la vida, al trabajo, a la palestra del combate. Pero siempre está pendiente, como las madres mientras siguen la evolución de los juegos de sus hijos, prontas a acudir en el descalabro y curar las heridas. Heridas del combate, porque luchar es levantarse y caer y volver a levantarse sin quedarse inactivos. Así con el comenzar y recomenzar de la vida cristiana, cuajan las virtudes que son el soporte del amor.

A Jesús se va y se vuelve

Desde Egipto la Sagrada Familia, Jesús, María y José, volvieron a la humilde casa de Nazaret. Jesús volvió a Nazaret. Es muy importante el concepto de familia cristiana. Un hogar: el hogar de Nazaret, que tiene como centro, como todos los hogares cristianos, el

corazón de la madre de Dios, siempre en identidad de oración y de intereses con su Hijo.

Como afirmaba san Josemaría en *Camino*: «A Jesús se va y se *vuelve* por María» (Escrivá, 1987: n. 495). Se va, pues aprendemos –como los niños– a poner como intercesora de nuestro camino hacia Jesús a su Madre bendita. Y se vuelve, porque para pedir perdón y rectificar se requiere mucha humildad y esa gracia nos la obtiene María. Así lo expresa con sencillez una canción popular: «Arrepentido vengo a pedirte perdón, porque vale más tu amor que el orgullo mío».

Acudamos al Corazón Dulcísimo de María para que nos prepare un camino seguro. Un camino que recorramos a su «estilo de vida evangélico, reproduciendo en nosotros las que fueron sus actitudes esenciales: la adhesión total y responsable a la voluntad divina, la acogida y observancia de la palabra de Dios, su caridad y espíritu de servicio» (Pablo VI, 1974: n. 35).

La Santa Casa de Loreto

Volver al hogar es volver a Nazaret. De ahí que sea necesario recordar la entrañable tradición del traslado de la santa casa de Nazaret a la localidad italiana de Loreto. Se trata de la misma casa de Nazaret que visitó el arcángel Gabriel en la Anunciación a la Santísima Virgen María. Es allí donde el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Allí también vivió la Sagrada Familia a su regreso de Egipto y donde Jesús pasó la mayor parte de su vida junto a la Virgen y san José.

La Santa Casa se convirtió en lugar de reunión para la celebración de la Santa Misa de los primeros cristianos. Podemos imaginarnos con qué amor y veneración cuidaban este Santo Lugar. Actualmente la Santa Casa está situada dentro de la basílica que para ella se construyó en Loreto. Dentro de la casa de Loreto se venera la pequeña estatua de La Virgen de Loreto.

Una piadosa leyenda habla de ángeles que transportaron la casa por los aires. Pero hay documentos que parecen indicar que el responsable del traslado es un comerciante llamado Nicéforo Angelo del siglo XIII. Quizá su apellido inspiró la idea del traslado por medio de ángeles.

La casa de Loreto es sagrada en virtud de quienes en ella habitaron y Dios no quiso que esta casa fuese profanada o destruida, sino preservada para siempre. En 1291, los sarracenos conquistaban la Tierra Santa. Quisieron acabar con toda la historia del cristianismo y la mejor forma para ellos era destruyendo todos los lugares sagrados. Felizmente no pudieron acabar con ella. Parece que los cruzados la llevaron a Tersatto en Croacia, pero como este lugar también peligraba fue trasladada hasta Loreto en Italia. La fecha que se atribuye a su traslado fue la del 10 de diciembre. La gente de Croacia continuó venerando a Nuestra Señora en la réplica de la Santa Casa. Fue tanta su devoción que el papa Urbano V envió a la gente de Tersatto una imagen de Nuestra

Señora en 1367.

Con este regalo de Dios a los cristianos, de la casa de Nazaret, se trata de captar el aire de familia, pues, si tenemos madre, es que el cristianismo es un hogar. Podemos afirmar que pertenecemos a la familia de Nazaret.

San Josemaría y la Casa de Loreto

El 3 y 4 de enero de 1948 tuvo lugar la primera visita de san Josemaría a la Santa Casa de Loreto. Poco tiempo después ante graves contradicciones que sufría en silencio, el Fundador del Opus Dei tomó una audaz decisión: dejar esos problemas en las manos de la Virgen de Loreto.

El 15 de agosto de 1951 a las nueve de la mañana estaba en la Santa Casa de Loreto. Celebró la Santa Misa en aquel pequeño recinto, rodeado de una muchedumbre de fieles que se apretujaban y que habían llegado con gran fervor a celebrar esa fiesta grande de la Virgen, el día de la Asunción. Como él mismo ha narrado en una homilía en el volumen *Es Cristo que pasa*: «Así, mientras besaba yo el altar cuando lo prescriben las rúbricas de la Misa, tres o cuatro campesinas lo besaban a la vez. Estuve distraído, pero me emocionaba. Atraía también mi atención el pensamiento de que en aquella Santa Casa – que la tradición asegura que es el lugar donde vivieron Jesús, María y José–, encima de la mesa del altar, han puesto estas palabras: *Hic Verbum caro factum est*. Aquí, en una casa construida por la mano de los hombres, en un pedazo de la tierra en que vivimos, habitó Dios» (Escrivá, 1987: n. 13).

Después, en el corredor que hay detrás del altar de la Santa Casa, hizo la consagración del Opus Dei al Corazón dulcísimo de María. Permaneció de rodillas largo rato, sin notar los pisotones del gentío que desfilaba continuamente por el pasillo detrás del altar, implorando gracias del Corazón de María. Después de desayunar, san Josemaría y quienes le acompañaban emprendieron el regreso a Roma. «Era fuerte el calor; pero iba muy contento. Haciendo oración. Metido en Dios. En silencio. Dando gracias. Esa misma tarde vio a sus hijas y a sus hijos. Les contó de dónde venía y cómo la consagración a la Virgen le daba la seguridad de que la Señora tomaría una vez más al Opus Dei bajo su amparo. Y les encargó seguir suplicando al Corazón dulcísimo de María el: *iter para tutum* (camino seguro)» (Vázquez de Prada, 2003: 201-202).

8. MADRE DEL AMOR HERMOSO

La Inmaculada Concepción que acabamos de considerar en el capítulo anterior nos recuerda también la bienaventuranza de Jesús: «Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios» (*Mt* 5, 8). La limpieza de corazón y guardar el corazón en amores limpios y nobles son las condiciones para poder ver a Dios en el cielo y en la tierra.

Desde los comienzos de la cristiandad, es tradicional acudir a la Virgen para fundar la pureza del corazón. A la Santísima Virgen se le atribuyen las palabras del libro del Eclesiástico: «Yo soy la madre del amor hermoso» (*Eccli* 24, 24). Habiéndonos tomado por madre, es todo amor para nosotros.

Así pues, comentaba san Alfonso María de Ligorio: «Si María es tan bondadosa con todos, hasta con los ingratos y negligentes que la aman poco y acuden pocas veces a Ella, ¿cuánto más amaré a los que la quieren e invocan con frecuencia?» (Ligorio, 1970: 48). Hemos, pues, de acudir a la Virgen para salvaguardar la pureza del corazón.

El camino del cristiano es camino de amor a Dios y a los demás. De un amor concreto, lleno de donaciones generosas. Por eso en uno de los momentos más conmovedores de la bula del papa Francisco sobre el año de la misericordia, se dice: «Es mi vivo deseo que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina. La predicación de Jesús nos presenta estas obras de misericordia para que podamos darnos cuenta de si vivimos o no como discípulos suyos. Redescubramos las obras de misericordia corporales: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos. Y no olvidemos las obras de misericordia espirituales: dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia las personas molestas, rogar a Dios por los vivos y por los difuntos» (n. 15).

La Virgen de Lourdes

Poco tiempo después de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción tuvieron lugar, en Lourdes, las apariciones de la Virgen a una joven de aquella localidad. Los hechos fueron los siguientes: El 11 de febrero de 1858, tres niñas, Bernadette Soubirous, de 14 años, su hermana Marie Toinete, de 11, y su amiga Jeanne Abadie, de

12, salieron de su casa en Lourdes para recoger leña. Camino al río Gave, pasaron por una gruta natural donde Bernadette escuchó un murmullo y divisó la figura de una joven vestida de túnica blanca, muy hermosa, ceñida por una banda azul y con un rosario colgado del brazo. Se acercó y comenzaron a rezar juntas, para luego desaparecer.

Por un período de cinco meses, la Virgen se le apareció a la niña, en medio de multitudes que se acercaban para rezar y poder observar a la hermosa señora, pero la Virgen solo se le aparecía a la niña. En reiteradas ocasiones, Bernadette fue víctima de desprecios y burlas por parte de las autoridades eclesiásticas y civiles de pueblo, pero ella se mantuvo firme en su fe mariana y, sobre todo, en la especial petición que la Virgen le había hecho: la construcción de una capilla sobre la gruta y la realización de una procesión.

Una y otra vez la pequeña le preguntaba a la Señora su nombre para decírselo al párroco, quien solo le preguntaba por esto. Finalmente, la Virgen le dijo su nombre en la lengua local: «Soy la Inmaculada Concepción». Ella fue corriendo hasta la casa del párroco repitiendo una y otra vez esa expresión para que no se le olvidara.

Cuando logró hablar con el párroco le soltó de corrido la frase. El párroco se dio cuenta de que la niña no entendía aquella expresión que para él era la prueba definitiva. Junto con la proclamación universal del dogma de la Inmaculada al pueblo cristiano, llegaban las apariciones de Lourdes a un alma sencilla, como es habitual, para corroborarlas: Dios cuida a los sencillos de corazón y se apoya en ellos.

Después de la última aparición ocurrida el 16 de julio, fiesta de Nuestra Señora del Carmen, Bernadette ingresó en la orden religiosa de las hermanas enfermeras, a la edad de 22 años, y permaneció allí hasta su muerte a los 34 años de edad.

Pasado un tiempo cuando todos se habían olvidado de ella, una religiosa le espetó qué hacía ella en el convento. La respuesta de santa Bernardette demostraba que seguía siendo el alma sencilla en la que Dios podía confiar: «soy como una escoba que se usa para barrer y luego se deja detrás de una puerta. La Virgen me dijo que viniera aquí y aquí me quedo».

Salus Populi Romani

En muchas ocasiones ha mostrado la Virgen la verdad de la bienaventuranza con la que comenzábamos este capítulo, la necesidad de la limpieza de corazón para ver a Dios. Y lo ha hecho con su pureza virginal y con sus apariciones. Una de las más antiguas es la que dio origen a la gran basílica romana de Santa María la Mayor.

Según un venerado documento, la noche del 5 de agosto del 352, la Santísima Virgen se apareció en sueños simultáneamente a dos romanos –el papa Liberio y el patricio Juan–, expresándoles el deseo de que se construyese una iglesia en su honor, en el punto de la ciudad donde al día siguiente –a pesar de ser pleno verano– encontrarían nieve.

Juan fue a hablar con el papa al ver que la cima del Esquilino había amanecido con una alfombra nevada. Acudió el papa que, delante de una gran muchedumbre congregada al conocer el prodigio, trazó las dimensiones de la basílica.

Cuenta la tradición que, semienterrada en la nieve, se encontraba la imagen de una Madonna dulcísima pintada sobre una tabla. Pocos años después de la construcción de una pequeña iglesia, con motivo del concilio de Éfeso y la proclamación de la Virgen como Madre de Dios, Calixto III reconstruyó la Basílica en el siglo V.

La pureza y blancura de la nieve en las que apareció envuelta esta imagen de la Virgen nos recuerda la pureza virginal de María Santísima, algo que estimula nuestra vida espiritual para canalizar el amor humano hacia Dios y vivir con madurez y generosidad los dones y la capacidad de amar que Dios ha puesto en nuestro corazón.

A la capilla Borghese de la Basílica han acudido muchos santos a lo largo de la historia. Uno de ellos, el beato Álvaro del Portillo, decía en una carta pastoral dirigiéndose a la Virgen: «Te amo todo lo que sé y puedo. Me he equivocado tantas veces en mi vida, pero te quiero con todas las fuerzas de mi alma. Dinos qué hemos de hacer y, con tu gracia, lo haremos» (Del Portillo, 1987: n. 32).

El amor da alas

La Pureza liberadora. Con este expresivo título nos recuerda el Prof. Derville el significado profundo de la pureza cristiana: nos libera para dejarnos volar alto hacia el amor de Dios.

Como el mismo autor expresa en el epílogo de su trabajo, la versión francesa de su obra se titula «Sur les ailes l'aurora», expresión tomada del Salmo 139: «Sobre las alas de la aurora». Y lo comenta así: «Esa imagen bíblica, dinámica y poética, remitía tanto a la capacidad que nos da Dios de volar alto –las alas del Espíritu Santo, Amor increado– como a la promesa de la vida en Cristo, simbolizada por la aurora. Con todo, estas páginas resaltan el desafío esencial de la vida humana: aprender a amar y ser amado, libremente, en el respeto a la dignidad de la persona, nunca reducible a un mero objeto. El título de la versión en castellano refleja más este aspecto: *Amor y desamor. La pureza liberadora*. En efecto, la pureza nos libera del desamor para volver a amar de verdad: siempre estamos aprendiendo a amar, como un músico aprende constantemente a tocar un instrumento o un poeta a escribir» (Derville, 2015: 219).

En el prólogo del trabajo del profesor Derville, señala también que todo su libro se apoya, como piedra angular, en una de las más sencillas y, a la vez, más profundas expresiones de san Josemaría Escrivá de Balaguer, cuando se refería a la virtud de la Santa Pureza como una «afirmación gozosa».

Precisamente ese es el significado profundo de una décima o espinela muy conocida en España: «Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea, pues todo un Dios se recrea en

tan graciosa belleza. A ti, celestial princesa, Virgen sagrada María, te ofrezco, en este día, alma, vida y corazón. Mírame con compasión, no me dejes, madre mía».

Cuenta la historia que un día le preguntaron al gran artista Miguel Ángel por qué esculpió la famosa Piedad del Vaticano tan joven cuando, según la tradición, tendría la Virgen unos 50 años. Respondió que Ella siempre fue joven y guapa, porque siempre fue Virgen.

La conquista de la pureza, como nos recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica, y acabamos de decir, es tener un gran amor a Dios y a su madre bendita y a nuestras responsabilidades en la vida. Pero también, por la debilidad de nuestras heridas del pecado original, a llevar el combate de la pureza. Como enseñan los Padres de la Iglesia, ante la tentación solo cabe huir.

Asimismo san Josemaría insistía en *Camino* en huir, en tener la valentía de ser cobardes y huir de la tentación, de «Las caricias envolventes de la seducción», aprovechar el tiempo, llevar una vida ordenada, etc. Y, siempre, acudir a la ayuda a la Virgen.

Así se cuenta la historia de un gran pecador que había caído en el vicio de la impureza, pero que seguía acudiendo a la Virgen: «no le quedaba más esperanza que ella, la invocaba sin cesar, avergonzado de exhibir sus pecados a los ojos de la pureza, sabiendo sin embargo que, si no se los mostraba, ya no tendría nada ni a nadie, y que las tinieblas lo engullirían sin remedio. Una noche, en su angustia, cuando sus pasos se encaminaban ya hacia la escalera, cuando su espíritu le había precedido ya hasta la calle, hasta la taberna donde una mujer lo esperaba. Esta vez tuvo la fuerza de rezar hasta el límite de sus fuerzas, hasta el momento en que cayó en su cama y se durmió» (Zink, 2000: 119).

9. CAUSA DE NUESTRA ALEGRÍA

La alegría es una nota distintiva del cristiano. No se trata de estar de mejor o peor humor, sino de que estamos contentos con contenido profundo: somos hijos de Dios e hijos de María Santísima por un don de Dios recibido en el bautismo.

Con ese horizonte y convicciones profundas, nada ni nadie podría arrebatarnos la alegría profunda, a no ser que perdiéramos el verdadero sentido de la existencia. Es, por tanto, una nota característica de los cristianos el buen humor, la alegría.

Uno de los grandes frutos del año jubilar de la misericordia será una intensa y renovada alegría del pueblo cristiano. Es verdad que la alegría tiene raíces en forma de cruz, pero es una alegría real y verdadera.

La entrega de la misericordia, nos dice el Santo Padre, es la entrega con alegría: «Este Año Santo lleva consigo la riqueza de la misión de Jesús que resuena en las palabras del Profeta: llevar una palabra y un gesto de consolación a los pobres, anunciar la liberación a cuantos están prisioneros de las nuevas esclavitudes de la sociedad moderna, restituir la vista a quien no puede ver más porque se ha replegado sobre sí mismo, y volver a dar dignidad a cuantos han sido privados de ella. La predicación de Jesús se hace de nuevo visible en las respuestas de fe que el testimonio de los cristianos está llamado a ofrecer. Nos acompañan las palabras del Apóstol: “El que practica misericordia, que lo haga con alegría” (*Rm* 12, 8)» (n. 16).

Emaús

La Virgen es la causa de nuestra alegría puesto que nos ayuda a encajar los golpes de la vida en la oración y, por tanto, con buen humor.

Para los cristianos, la alegría tiene un nombre: el camino de Emaús, pues aquellos dos cristianos que abandonaban Jerusalén desanimados y tristes se encontraron con Cristo vivo, hablaron con Él, le reconocieron al partir el pan y recuperaron la alegría: «El mismo día, dos de ellos iban a una aldea distante de Jerusalén 60 estadios (7 kilómetros), por nombre Emaús. Conversaban entre sí de todas las cosas que habían pasado. Y sucedió que, mientras ellos conversaban y discutían entre sí, el mismo Jesús se acercó y caminaba con ellos. Pero sus ojos estaban dominados de modo que no lo conocieran. Y les dijo: “¿Qué conversación es esta que lleváis entre vosotros en el camino?”. Y se pararon con rostros tristes. Respondió uno, que se llamaba Cleofás, y le dijo: “¿Tú eres el único peregrino de Jerusalén que no sabe las cosas que han pasado en ella estos días?” (...). “Lo referente a Jesús, el Nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y palabra delante de Dios y de todo el pueblo. Y cómo nuestros pontífices y magistrados lo

entregaron a pena de muerte y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que sería él quien libertara a Israel. Pero, después de todas estas cosas, este es el tercer día desde que ellas sucedieron. Es verdad que algunas mujeres de las nuestras nos han asustado. Fueron temprano al sepulcro y, no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que dicen que él vive...”» (Jn 24, 13-23).

Los discípulos de Emaús habían perdido de vista a Jesús y están desconcertados. Ya no entienden ni lo que parece más obvio. Sus ojos no le captaban por la visión humana.

Mantienen el recuerdo, pero cada vez más frío y distante. Ni siquiera la aparición a las mujeres, a Pedro y Juan, ni la falta del cuerpo de Cristo les remueve.

La respuesta de Jesús: «Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas. ¿No es verdad que era necesario que el Cristo padeciese estas cosas y así entrara en su gloria? Y, empezando por Moisés y todos los profetas, les explicó lo referente a él en todas las Escrituras» (Jn 24, 25-27). Es una pena que no conservemos ese recorrido por los profetas, nos habría ayudado a entender el misterio de la Redención, pero basta con el entendimiento para descubrir que la cruz es el trono de la realeza de Cristo. Como afirmaba san Josemaría en su *Via Crucis*: «Cristo está en la cruz pero para subir a la cruz hay que tener el corazón desasido de las cosas de la tierra» (Escrivá, 1987: estación X).

Le reconocieron al partir el pan. Le reconocieron en la Eucaristía y le habrían intuido en el ardor de su corazón: «¿Acaso no ardía nuestro corazón mientras nos explicaba las Escrituras?» (Jn 24, 33). También nosotros podemos experimentar lo mismo si nos acercamos con humildad a Dios y le abrimos el corazón de modo sincero y contrito; al desaguar nuestro interior nos llenamos de la paz de Dios.

Vuelven corriendo, sin importarles la hora avanzada de la noche ni la oscuridad del camino. El amor da alas, es tanta la alegría y la felicidad que vuelan hacia Jerusalén. Se han encontrado con Dios.

María los recibe con inmenso cariño, a Ella también se le ha aparecido su Hijo. Ella también ha experimentado el gozo del reencuentro, aunque nunca hubiese perdido la esperanza.

La Virgen sonreía mientras el monje bailaba

Es habitual la tentación del demonio durante la oración. Una y otra vez intentará impedir que la hagamos, sugiriendo otras cosas más importantes para hacer, o sencillamente moviendo los resortes de la pereza para dejarla para luego. Pero, cuando, por fin, nos ponemos a hacerla, es habitual la insinuación de Yo no sé amar. Yo no sé hacer oración. ¿Cómo saber que no estoy hablando conmigo mismo o con la pared?

Cuántas veces afirmamos esto con estas o parecidas palabras. La respuesta siempre ha de ser la misma: no ames a Jesús a tu gusto, dale el amor que puedas, dirígete a Él o a

su Madre, que ellos siempre te escuchan y te atienden, te sonríen complacidos, amorosamente y atienden tus súplicas y necesidades.

Muchas veces hemos oído contar la historia del juglar del medievo que se entregó a Dios, pero, como no sabía escribir ni leer, como los frailes con los que convivía, lo que se le ocurrió fue hacer de juglar por la noche ante una imagen de la Virgen. El prior le observaba y, cuando iba a interrumpirle: «en ese mismo instante, el hermano lego, agotado, se detuvo. Se sentó sobre las baldosas, con los ojos cerrados. Temblaba de fatiga y su rostro brillaba de sudor. Entonces la Virgen de piedra se inclinó, deslizó de su cabeza su velo tan leve y suave como la ropa más fina y, con gesto maternal, secó el rostro del juglar» (Zink, 2000: 58).

La Virgen de la mosca

En la sacristía de la colegiata de Toro, una de las ciudades de más raigambre de Castilla, en tierras de Zamora, se conserva una hermosa tabla de la Virgen denominada la Virgen de la mosca.

Se trata de una Tabla flamenca pintada al óleo, conservada desde antiguo en ese lugar, pintada a comienzos del siglo XVI y atribuida al maestro de la Santa Sangre. Recibe su peculiar denominación a causa del insecto que aparece representado en la rodilla izquierda de la Virgen, sobre el rojo del manto.

La Virgen y el niño están entronizados. La figura de santa Catalina de Alejandría se identifica claramente en una pausa de la lectura, también parecen, por su rostro, la Reina Isabel La Católica y quizá fray Hernando de Talavera su confesor, aunque otros dicen que se trata de fray Diego de Deza. Detrás, claramente, aparece la figura de la Magdalena.

Si se observa la mosca con una lupa, es obvia la perfección con la que está realizada. Pero no debe agigantarse más, sino quitar la lupa y dejarla en su tamaño. A veces, los hombres tendemos a agigantar los problemas y magnificarlos. La serena faz de María nos devolverá a nuestro lugar y a no crear problemas donde no los hay.

En el siglo XVI surgió un movimiento de espiritualidad denominado las *emparedadas*, se trataba de mujeres que se quedaban en su casa como las antiguas vírgenes cristianas y levantaban unas paredes en una habitación y se quedaban en oración todo el día, toda la vida.

También nosotros que hemos sido llamados a la santidad en medio del mundo, podemos quedarnos emparedados entre cuatro problemas y convertir la oración en un mero rebotar de pared en pared sin terminar de derribar esos muros que nos hemos fabricado.

La Virgen nos saca de esos problemas sin importancia y nos lleva a la alegría de la donación y de la entrega a los demás. Cuéntale tus problemas y ella te ayudará a

resolverlos o a tener paciencia para sobrellevarlos.

10. LA VIRGEN DEL CARMEN

La devoción a la Virgen del Carmen tiene una extraordinaria raigambre dentro del pueblo cristiano; especialmente en el mundo latino son muchas las mujeres que llevan el nombre de Carmen.

También es tradicional referirse a la Virgen del Carmen como la patrona de los navegantes y recordar el dulce privilegio sabatino, al que haremos referencia explícita unas líneas más adelante.

Llegado el día de la Virgen del Carmen, en muchas poblaciones marítimas tiene lugar la tradicional procesión llevando una imagen de la Virgen del Carmen en una embarcación, rodeada de otras, pues es importante agradecer que les proteja a ellos y a sus familias en sus trabajos y en sus vidas.

El privilegio sabatino

El Monte Carmelo era, sin duda, el monte donde numerosos profetas rindieron culto a Dios. Los principales fueron Elías y su discípulo Eliseo, pero existían también diferentes personas que se retiraban en las cuevas de la montaña para seguir una vida eremítica. Esta forma de oración, de penitencia y de austeridad continuó siglos más tarde, a partir de la libertad de la Iglesia. Desde el siglo IV en adelante miles de hombres y mujeres cristianos siguieron el modelo de Jesucristo en sus cuarenta días de oración y penitencia en el desierto antes de comenzar su vida pública. Algunos al situarse en el valle llamado Wadi es-Siah también tuvieron al profeta Elías como patrón.

A mediados del siglo XII, un grupo de varones provenientes de Italia y algunos otros lugares de Europa, deseosos de mayor intimidad con Dios, decidieron retomar el modo de vida de los primeros monjes y buscaron asiento en Tierra Santa junto al Monte Carmelo poniéndose bajo la intercesión de la Virgen María.

Allí construyeron la primera iglesia dedicada a Santa María del Monte Carmelo. Desde su monasterio no quisieron crear una nueva forma de culto mariano, ni tampoco el título de la advocación respondía a una imagen en especial.

Según la tradición, durante la celebración de Pentecostés, algunos fieles que investigaban la vida de los profetas Elías y Eliseo en el Monte Carmelo, actual Israel, fueron convertidos al catolicismo tras la aparición de una nube en la que iba una imagen de María. En ese monte, fundaron un templo en honor a la Virgen y la congregación de los Hermanos de Santa María del Monte Carmelo, la que pasó a Europa en el siglo XIII luego de su persecución en Tierra Santa.

El 16 de julio de 1251, la imagen de la Virgen del Carmen se habría aparecido a san

Simón Stock, superior general de la Orden, al que le entregó sus hábitos y el escapulario, principal signo del culto mariano carmelita. Según la tradición la Virgen prometió liberar del purgatorio a todas las almas que hubieran vestido el escapulario durante su vida, el sábado siguiente a la muerte de la persona y llevarlos al cielo, creencia que ha sido respaldada por los Pontífices. La Virgen se le apareció al papa Juan XXII y le prometió que a todos los que lleven el escapulario saldrían del purgatorio el primer sábado. Esto fue confirmado por los papas Alejandro V, Clemente VII, Pío V, Gregorio XIII, Paulo V. La iconografía principal de la Virgen la muestra portando dicho escapulario.

Nuestra Señora de los navegantes

Junto al privilegio sabatino está unido a la Virgen del Carmen el acudir a ella como patrona de los navegantes, con ese nombre y otros varios. Nuestra Señora del Buen Aire fue considerada por los españoles patrona de los navegantes y dio origen al nombre de la ciudad de Buenos Aires en Argentina. Ya en el 1335 el rey Alfonso IV de Aragón, que había conquistado Cerdeña, construyó una iglesia en Cagliari dedicada a la Virgen del Buen Aire y dio la iglesia a los monjes de la Orden de Santa María de la Merced, quienes construyeron un monasterio, que todavía habitan. La construcción de la basílica actual se remonta a 1774.

Al conocerse la historia de cómo la imagen había salvado a unos marineros, y del milagroso desenlace, los navegantes comenzaron a venerarla y se convirtió en su patrona.

Se supone que desde Cerdeña pasó este culto a Sevilla, donde existe una imagen de Nuestra Señora del Buen Aire que es venerada en el palacio de San Telmo y otra en la iglesia parroquial de San Bernardo.

En la parroquia del Buen Aire de Sevilla se recuerda que en esa ciudad se enclavaba la escuela de navegantes de Sevilla, la escuela de pilotos, que debía llevar las naves repletas de esperanzas a América.

Con el paso de los siglos se transformó en el Seminario Conciliar de Sevilla, pues también aquellos sacerdotes debían conducir a tantas almas hacia la meta del cielo en la eterna bienaventuranza.

Uno de esos navegantes fue el español Pedro de Mendoza. Este marino fue el primer Adelantado del Río de La Plata y en 1536 arribó a lo que llamó bahía de la Candelaria, en dicho río, sobre lo que hoy sería la bahía de la ciudad de Montevideo. Luego decidió esperar intencionalmente hasta el 2 de febrero, día de la Candelaria, para llegar a la costa oeste y fundar, al desembarcar, el asiento de Nuestra Señora del Buen Aire, hecho que es conocido actualmente como la primera fundación de la ciudad de Buenos Aires. Dos religiosos llevaron además una imagen de la Virgen. La ciudad se abandonó posteriormente y Buenos Aires fue refundada en otra posición por Juan de Garay en 1580.

La Bien Aparecida

También hace referencia a la vida de la mar y a los pescadores la historia de la Bien Aparecida. Era el año 1716 cuando, en el río Paraíba, en la costa de Brasil, tres pescadores trataban de ganarse la vida pero no conseguían pesca. Fue entonces cuando al sacar la red descubrieron que en ella se encontraba una pequeña imagen de la Virgen de terracota.

Una vez instalada la imagen en su pequeña embarcación, la pesca que llegó fue tan abundante que, temerosos de que se hundiera la barca por el número de peces, decidieron regresar a la orilla.

No se conoce la procedencia de esa imagen, pero parece moldeada un siglo antes. La Virgen morena se presenta a la veneración de los fieles recubierta por un rico manto con gruesas telas bordadas. Fue coronada reina de Brasil por san Pío X en el 1904. San Juan Pablo II visitó a la Virgen Aparecida en su santuario, concediéndole el título de Basílica. Unos días antes, un individuo lanzó al suelo la imagen rompiéndola en pedazos. Afortunadamente, pudo ser reconstruida y volvió a su hornacina en medio de la piedad popular.

11. LA VIRGEN DEL PILAR

Es nota común en la implantación de la Iglesia en las diversas tierras la necesidad de ejercitar la virtud de la fortaleza durante la evangelización. Si se presentan dificultades y falta de respuesta de las almas, habrá seguramente más gracia de Dios, pero también deberemos poner de nuestra parte constancia y ahínco como señales de la fe y del verdadero amor a Dios y a las almas.

Puesto que somos débiles y nuestra fortaleza es prestada, lo que procede es, sin duda, acudir a la fuerza de Dios y a la intercesión poderosa de nuestra madre del cielo en una tarea que es para ella tan querida.

Dice santo Tomás que la virtud de la fortaleza tiene dos aspectos: *sustinere pericula et aggredire*. Es decir, paciencia para perseverar en la lucha, aunque cueste, contando con la gracia que la Virgen nos consigue de su Hijo. Y avanzar, no estancarse, no caer en la mediocridad, ni dejarse dominar por la dificultad.

Estas son las grandes lecciones que nos proporciona la Virgen del Pilar desde el primer siglo de la historia de la Iglesia: perseverancia, tozudez y amplitud de horizontes para no dejar de crecer en el camino de la santidad y en el afán apostólico.

Nuestra Señora del Pilar

Así cantan los aragoneses a la Virgen del Pilar: «Virgen Santa, Madre mía. Luz hermosa, claro día, que la tierra aragonesa te dignaste visitar. Este pueblo que te adora, de tu amor favor implora y te alaba y te bendice abrazado a tu Pilar».

La Virgen del Pilar es una de las advocaciones marianas más antiguas. Según cuenta la tradición, cuando todavía la Madre de Jesús moraba en Jerusalén, en la madrugada del 2 de enero del año 40, Santiago el Mayor la vio llegar en carne mortal, a orillas del Ebro, entre luces resplandecientes, acompañada por un grupo de ángeles que transportaban una columna. La columna ha permanecido en el mismo lugar desde entonces hasta ahora. Durante la dominación musulmana fue la única iglesia que permaneció abierta. La basílica actual se edificó en 1631 y la imagen de la Virgen que se venera fue esculpida en el siglo XIV.

Recordemos una vez más las palabras de Jesús pronunciadas el día de la Ascensión y recogidas por el evangelio de san Mateo: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 19). En efecto, como narran los Hechos de los Apóstoles, una vez confirmados por el Espíritu Santo el día de Pentecostés, los

apóstoles se pusieron en camino.

Así san Ireneo en el siglo II, con el orgullo de recordar la cadena de la sucesión apostólica, afirmaba: «Y nosotros podemos enumerar los obispos que fueron establecidos por los apóstoles en las Iglesias y sus sucesores hasta nosotros» (Ireneo de Lyon, 1992: III, 3.1). Ante la imposibilidad física de señalar todas las sedes episcopales, se centraba en la sucesión en Roma: «porque con esta Iglesia, a causa de su origen más excelente, debe necesariamente estar de acuerdo toda la Iglesia, es decir, los fieles de todas partes, pues en ella, por medio de las gentes que son de todas partes, se ha conservado siempre la tradición que viene de los apóstoles» (*ibíd.*, III, 3.2).

Uno de esos apóstoles fue Santiago el Mayor, a quien vemos en los evangelios, con Pedro y Juan, entre los discípulos más íntimos de Jesús; solo ellos estuvieron en la transfiguración del Señor y en la angustia de Getsemaní. Según una larga y venerable tradición, Santiago viajó a España y realizó la primera evangelización en lo que entonces fue el extremo del mundo conocido.

Fray Juan de Marieta en su famosa *Historia Eclesiástica de todos los Santos de España*, publicada en el siglo XVI y repetidamente reeditada, hablando de la pesca milagrosa de Jesús en el lago de Genesaret, señalaba: «Ahora le ayuda Santiago a san Pedro en esta pesquería, después le ayudará más enteramente en la de las almas. Porque después en España, Judea y Samaria, pescó muchas: y fue el primer mártir de los Apóstoles, y así este grano muerto produjo gran fruto del que la Iglesia se mantiene en todo lo de adelante» (Marieta, 1546: cap. 1).

El desánimo

La presencia del Apóstol en nuestra tierra está estrechamente unida para siempre a la llegada de la Virgen a Zaragoza, cuyo Pilar recuerda desde entonces aquella valiosa aparición.

Eran momentos difíciles en la evangelización de Hispania, pocos aceptaban la fe, el ambiente era adverso y escasos los frutos. El Pilar les fortaleció y vieron muchas conversiones.

Desde entonces hay pruebas documentales de una comunidad cristiana en España. Así lo señala, con la fuerza de la tradición, Juan de Marieta: «Esto prueban muchas razones, y una de ellas es la tradición antigua que toda la Iglesia de España tiene recibida en esto. Y esto que tiene recibido España llega a ser tan asentado, que sería no bien hecho porfiar lo contrario. La memoria tan solemne que conserva la Iglesia de Zaragoza de la venida del santo Apóstol es otro gran testimonio de la Iglesia colegial de aquella ciudad llamada Nuestra Señora del Pilar» (cap. 3). Seguidamente narra con todo detalle cómo Santiago, estando en oración con sus discípulos a orillas del Ebro: «Se le apareció la Santísima Virgen en carne mortal sobre una columna o pilar de jaspe rodeada de

ángeles que cantaban maitines» (cap. 3).

En cualquier caso, Santiago debió de regresar a Jerusalén, pues como narran los Hechos de los Apóstoles fue martirizado por Herodes. Clemente de Alejandría recoge la tradición del siglo II sobre el martirio del Apóstol y la conversión de su verdugo.

Tampoco es de extrañar ese viaje, pues el Mediterráneo era, en aquella época, un puente de unión entre las diversas naciones que conformaban el Imperio Romano. Las rutas marítimas, las calzadas romanas y el derecho unían pueblos, estrechaban culturas, facilitaban los desplazamientos. Asimismo los habitantes del Imperio gozaban de una gran paz. En ese sentido la narración de los viajes de san Pablo recogidos en los Hechos de los Apóstoles muestran la posibilidad de ese viaje.

Bien es cierto que actualmente, desde nuestras coordenadas mentales, debemos hacer un esfuerzo para situarnos, pues, desde el siglo XV hasta la actualidad, el *Mare Nostrum* se convirtió en una barrera que separaba la civilización occidental del mundo islámico.

Entre los primeros testimonios escritos acerca de las comunidades cristianas en España, destaca la referencia que hace san Ireneo de Lyon, en el siglo II: «Ciertamente son diversas las lenguas, según las diversas regiones, pero la fuerza de la tradición es una y la misma. Las iglesias de la Germania no creen de diversa manera, ni transmiten otra doctrina diferente de la que predicán las de Iberia o las de los celtas, o las del Oriente, como las de Egipto o Libia, así como tampoco de las iglesias constituidas en el centro del mundo» (Ireneo de Lyon, 1992: I, 1.10, 1-2).

Peregrinaciones

Desde el comienzo del cristianismo se ha insistido en la peregrinación hacia la santidad. La peregrinación interior que consiste en abandonar la comodidad para salir de la tranquilidad hacia la aventura del amor de Dios.

También al concepto de peregrinación unido al año jubilar se ha referido el Santo Padre en su bula del año de la misericordia: «La peregrinación es un signo peculiar en el Año Santo, porque es imagen del camino que cada persona realiza en su existencia. La vida es una peregrinación y el ser humano es *viator*, un peregrino que recorre su camino hasta alcanzar la meta anhelada. También para llegar a la Puerta Santa en Roma y en cualquier otro lugar, cada uno deberá realizar, de acuerdo con las propias fuerzas, una peregrinación. Esto será un signo del hecho que también la misericordia es una meta por alcanzar y que requiere compromiso y sacrificio. La peregrinación, entonces, sea estímulo para la conversión: atravesando la Puerta Santa nos dejaremos abrazar por la misericordia de Dios y nos comprometeremos a ser misericordiosos con los demás como el Padre lo es con nosotros» (n. 14).

Las peregrinaciones a los Santos Lugares, a la tumba de un apóstol o a Roma, tienen un sentido de búsqueda de Dios, de purificación y de penitencia, y por tanto de

conversión personal, desprendimiento de los bienes de la tierra, un momento propicio para la confesión sacramental y un cambio de vida. La peregrinación es, por tanto, esperanza gozosa y la alegría del arrepentimiento.

Así pues, la venerable tradición de la presencia del Apóstol Santiago en España y de su posterior inhumación en el sepulcro de la catedral de Santiago de Compostela une las rutas de Roma, Jerusalén y Santiago de Compostela como en un arco de dimensiones totales en la extensión del cristianismo en el mundo.

La tradición de la venida del Apóstol Santiago a España es firme y continua, aunque falten pruebas documentales, según las modernas técnicas históricas, pero fueron suficientes durante siglos. De hecho, a finales del siglo XVI, cuando el papa Clemente VIII mandó hacer la revisión del breviario romano, hizo suprimir de él la frase introducida por san Pío V, pocos años antes: «Santiago recorrió España y predicó el evangelio». Urbano VIII la restableció de nuevo; pero la polémica siguió después, debido, en parte, a los mismos españoles, empeñados unos en defender la primacía de Toledo; otros, la de Compostela, y los más, en asegurar el nuevo patronato español de santa Teresa.

Pero lo que trasciende a todos los datos históricos es la presencia de Santiago, continuada a través de su sepulcro. Una vez más, la fe justifica aquí la tradición. El papel que juega Roma con España en los años de la Reconquista corre parejo con el que desde el principio fue representando la figura épica y señorial de Santiago desde el sepulcro de Compostela. Son ellos, Roma y Santiago, los que configuran espiritualmente la Reconquista.

El camino de Santiago, como las rutas a Roma, se convirtió en punto de unión de la cristiandad y de transmisión de las culturas, las lenguas y el arte, dentro de la misma fe. Son muchos los santos que han peregrinado a Santiago de Compostela y que han ganado el jubileo desde que fue establecido «los años santos compostelanos» por el papa Alejandro III en 1181. También, son muchos los que el camino de Santiago les ha impulsado a revivir la fe y ponerse en camino de santidad.

12. LA VIRGEN DEL ROSARIO

La historia del Santo Rosario es la historia del amor hecho oración. Poco a poco, siglo a siglo, esta devoción mariana se fue retocando, perfeccionando, hasta llegar a ser la joya que actualmente poseemos en nuestras manos.

La clave de su eficacia es procurar rezarlo con fe, amor y atención. Para eso ayuda detenerse en alguna palabra y poner intenciones audaces a la hora de pedir por nuestras necesidades o las de los demás, o, como se suele decir, rezarlo con ella.

En 1973, san Josemaría hizo imprimir unas estampas con unas palabras que llegaron hasta los confines de la tierra: «El rezo del Santo Rosario, con la consideración de los misterios, la repetición del Padrenuestro y del Avemaría, las alabanzas a la Beatísima Trinidad y la constante invocación a la Madre de Dios, es un continuo acto de fe, de esperanza y amor, de adoración y reparación».

La Virgen de Lepanto y el Rosario

Entre 1540 y 1566, cuando fallece Solimán I, los turcos lograron el dominio del Mediterráneo. A la vez que presionaron sobre el centro de Europa, las naves corsarias musulmanas asolaban las costas del Levante, las Islas Baleares y amenazaban Italia.

Los territorios del norte de África se vieron constantemente sometidos a pugnas políticas entre los diversos reyes locales, a las conquistas portuguesas y españolas que constituían enclaves en Ceuta, Orán, etc., y, finalmente, al impulso del poder corsario, con el asentamiento de los Barbarroja en Argel como base de operaciones.

La amenaza turca contra la cristiandad tuvo su punto de inflexión en la batalla naval del golfo de Lepanto el 7 de octubre de 1571.

San Pío V pidió oraciones a todos los cristianos y especialmente recomendó el rezo del Santo Rosario. El pontífice seguía el curso de los acontecimientos con un intenso recogimiento. Mientas despachaba con algunos cardenales se levantó, abrió la ventana que daba a la plaza de San Pedro y su mirada se perdió en lontananza. En ese momento tuvo una revelación de la Virgen y pudo ver la victoria sobre el enemigo de la fe cristiana. Como consta en la documentación recogida de su proceso de beatificación, se giró hacia sus colaboradores y les comunicó la buena nueva él mismo: «No es hora de hablar más, sino de dar gracias a Dios por la victoria que ha concedido a las armas cristianas».

Se ordenó tocar todas las campanas y se celebró esa tarde solemnemente con el canto del *Te Deum* el agradecimiento a Dios y a la Virgen del Rosario, pues se había solventado el peligro. Cuando, pasados unos días, llegaron los mensajeros con la buena noticia encontraron a Roma en plena celebración de la victoria.

La batalla duró desde alrededor de las 6 de la mañana hasta la noche, cuando la oscuridad y aguas picadas obligaron a los cristianos a buscar refugio. Las autoridades pudieron comparar el preciso momento de las palabras del san Pío V con los registros de la batalla y encontraron que concordaban de forma precisa. Pero la mayor razón de reconocer el milagro de la victoria naval es por los testimonios de los prisioneros capturados en la batalla.

Después de Lepanto, toda la costa sur del Mediterráneo excepto el reino de Marruecos quedó todavía en la órbita turca, gobernada por el Sultán de Estambul a través de los jenízaros, fieles a sus órdenes. Chipre había caído en manos turcas antes de Lepanto. Pero Italia quedó definitivamente fuera del alcance del Sultán. Además, en Grecia y en los Balcanes el poder del sultán quedó resquebrajado. Las cuantiosas pérdidas económicas sufridas y los barcos hundidos o inutilizados provocaron la decadencia de la marina imperial otomana. Por otra parte las guerras de religión en Europa y, después, los enfrentamientos navales entre España e Inglaterra hicieron desviar las fuerzas del Mediterráneo al Atlántico. También la defensa del galeón de oro de América frente a los piratas ingleses contribuyó al cambio de intereses de la corona española.

Fátima

Las apariciones de la Virgen de Fátima comenzaron el 17 de mayo de 1917, desde entonces hasta nuestros días han generado una abundante literatura espiritual y siguen siendo objeto de atención. Como decía san Juan Pablo II: «no se puede hacer historia del siglo XX sin una referencia obligada a los acontecimientos de Fátima» (Sousa, 2008: 8).

La beatificación de Francisco y Jacinta por Juan Pablo II el 13 de mayo del 2000 y el fallecimiento de Sor Lucía en el 2008 nos habla también de la santidad de los videntes de Fátima. Resulta conmovedor adentrarse en el alma de unos niños y descubrir cómo la gracia de Dios los fue transformando. «Es cómo si la Señora nos dijera que, para vivir el mensaje de oración y penitencia, de conversión y de solidaridad para con toda la Iglesia militante y doliente, se hace preciso tener alma de niño, o, más concretamente, parecerse a los Pastorcitos» (*ibíd.*, 12).

La santidad de los niños de Fátima, como la de sor Lucía no se produjo en los días de las apariciones, sino en el día a día posteriores. La santidad es conjunción de gracia de Dios y de la libertad personal. La santidad se muestra en el grado heroico de vivir las virtudes cristianas. En el caso de Francisco y Jacinta sucedió en poco tiempo y en el de sor Lucía, a lo largo de toda la vida: «Al leer los testimonios sobre la vida de estos niños escogidos por el Cielo para que transmitiesen al mundo revelación tan importante, nos aparecen como niños totalmente normales. Son niños como los otros, sin nada que externamente los distinga. Emplean el tiempo en las mismas alegrías y diversiones, lanzan

sobre el mundo la misma mirada inocente y llena de simplicidad, y los domina la misma timidez que a todos los pequeños» (*ibíd.*).

Fátima quedará unida para siempre al rezo del Santo Rosario. Así lo pidió expresamente la Virgen. De ahí que san Juan Pablo II publicara el 16 de octubre de 2002 una carta apostólica titulada *Rosarium Virginis Mariae*, sobre el rezo del Santo Rosario. Una oración que conjuga la meditación de los grandes misterios de la fe mientras se desgranaban oraciones sencillas a la Madre de Dios. En esa carta, el Romano Pontífice subrayaba la perenne actualidad del mensaje de Fátima.

La recitación frecuente, diaria, del Santo Rosario se ha convertido, por tanto, en camino de santidad. Así empezó en la Edad Media y así continuará hasta el final de los tiempos esta filial oración.

El Rosario en el cuello

A una pequeña localidad de la selva del Perú llegaron un grupo de dominicos con sus hábitos blancos y el Rosario colgado de la cintura. Se presentaron como los primeros apóstoles, con la ilusión de la primera vez.

Comenzaron por aprender la lengua de los indios, interesarse por su cultura y su vida, visitaban a los enfermos y, poco a poco, fueron explicando la fe a aquellos indígenas.

Tras algunos meses de intenso trabajo y sufrimientos, no habían logrado nada. La actitud de los indios fue de rechazo e indiferencia. Azuzados por el hechicero de la tribu no pasaron de escuchar más por obligación que por interés la Buena Nueva que aquellos santos llevaban consigo.

Finalmente los dominicos decidieron abandonar el pueblo y proseguir su camino. Otros vendrían más adelante y lo volverían a intentar, pues solo la gracia de Dios alcanza a convertir un corazón endurecido.

Aquellos frailes abandonaban el poblado lentamente, mientras rezaban y pedían perdón a Dios por su falta de santidad que, para ellos, era la explicación de aquel aparente fracaso, pues todo lo que se hace por Dios siempre es fructuoso.

En la salida del pueblo una mujer lloraba silenciosamente con su hijo amoratado por la enfermedad y ya próximo a la muerte. Uno de aquellos misioneros se conmovió ante el dolor de aquella madre que asistía sin poder hacer nada a la muerte de su bebé. En ese momento tuvo una moción del Espíritu Santo y atrevidamente sacó su Rosario y lo colgó en el cuello del niño. Súbitamente la criatura dejó de llorar y empezó a sonreír mientras jugaba con las cuentas del rosario y besaba el crucifijo que colgaba en su extremo.

El niño estaba curado y recuperó en pocos minutos su color y su vitalidad, la madre gritaba de felicidad. Enseguida acudieron todos los habitantes del pueblo y pidieron a los dominicos ser evangelizados.

Lo que parecía un fracaso se convirtió en una floración inusitada de fe. La Virgen del

Rosario había alcanzado de Jesús ese milagro y el milagro de la conversión al amor de aquella comunidad indígena.

13. LA VIRGEN DEL PERDÓN

En estos meses del año de la misericordia que ha convocado el papa Francisco para toda la Iglesia católica, y para todos los hombres y mujeres que lo deseen vivir, conviene meditar con hondura sobre este atributo de Dios y, en concreto, sobre la necesidad de acudir a la Divina Misericordia, para aprender nosotros también a perdonar a los demás.

El Santo Padre Francisco nos invita a recorrer el camino de la misericordia con estas significativas palabras: «El Señor Jesús indica las etapas de la peregrinación mediante la cual es posible alcanzar esta meta: “No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará: una medida buena, apretada, remecida, rebosante pondrán en el halda de vuestros vestidos. Porque seréis medidos con la medida que midáis” (Lc 6, 37-38)». Dice, ante todo, no juzgar y no condenar. Si no se quiere incurrir en el juicio de Dios, nadie puede convertirse en el juez del propio hermano. Los hombres ciertamente con sus juicios se detienen en la superficie, mientras el Padre mira el interior. ¡Cuánto mal hacen las palabras cuando están motivadas por sentimientos de celos y envidia! Hablar mal del propio hermano en su ausencia equivale a exponerlo al descrédito, a comprometer su reputación y a dejarlo a merced del chisme. No juzgar y no condenar significa, en positivo, saber percibir lo que de bueno hay en cada persona y no permitir que deba sufrir por nuestro juicio parcial y por nuestra presunción de saberlo todo. Sin embargo, esto no es todavía suficiente para manifestar la misericordia. Jesús pide también perdonar y dar. Ser instrumentos del perdón, porque hemos sido los primeros en haberlo recibido de Dios. Ser generosos con todos sabiendo que también Dios dispensa sobre nosotros su benevolencia con magnanimidad (n. 14).

La Virgen de la misericordia

Al hablar de la devoción a la divina misericordia, en primer lugar, hemos de recordar la importancia de la figura del papa san Juan Pablo II en el itinerario de la revalorización de esa devoción. Precisamente el 2 de abril de 2005, en la víspera del día dedicado por la Iglesia a la divina misericordia, primer domingo después de Pascua, tuvo lugar su muerte, su *dies natalis*, su nacimiento a la vida eterna.

La fiesta dedicada a la meditación de la divina misericordia había sido incluida en el calendario litúrgico universal por san Juan Pablo II en el año 2000, cuando el propio papa canonizó a santa Faustina Kowalska (†1938), una sencilla religiosa de Cracovia a quien Dios había encargado difundir la devoción a la divina misericordia por el mundo entero. Además era la primera santa canonizada en el nuevo milenio.

En 1997, el propio Juan Pablo II, en un viaje a Cracovia, decía en una misa en Lagiewniki, el lugar donde vivió y está enterrada santa Faustina: «en cierto sentido, el mensaje de la divina misericordia ha formado la imagen de mi pontificado». De hecho en su último viaje a Polonia en 2002, consagró la nueva basílica de Lagiewniki, el santuario de la Divina Misericordia: y decía en la homilía: «de aquí ha de salir la chispa que preparará al mundo para su última venida» (17-VIII-2002).

Como afirmaba el cardenal Schönborn: «El papa veía en ese mensaje de la divina misericordia la respuesta a las indescriptibles dimensiones del mal en el siglo XX» (Schönborn, 212: 22). Esa era la sustancia de una de las grandes Encíclicas del Pontificado de san Juan Pablo II: la *Dives in misericordia*. El papa Francisco comentaba al respecto: «San Juan Pablo II motivaba con estas palabras la urgencia de anunciar y testimoniar la misericordia en el mundo contemporáneo: “Ella está dictada por el amor al hombre, a todo lo que es humano y que, según la intuición de gran parte de los contemporáneos, está amenazado por un peligro inmenso. El misterio de Cristo me obliga al mismo tiempo a proclamar la misericordia como amor compasivo de Dios, revelado en el mismo misterio de Cristo. Ello me obliga también a recurrir a tal misericordia y a implorarla en esta difícil, crítica fase de la historia de la Iglesia y del mundo”. Esta enseñanza es hoy más que nunca actual y merece ser retomada en este Año Santo. Acojamos nuevamente sus palabras: “La Iglesia vive una vida auténtica, cuando profesa y proclama la misericordia –el atributo más estupendo del Creador y del Redentor– y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador, de las que es depositaria y dispensadora”» (n. 11).

El año de la misericordia, en la mente del Santo Padre, nos debe mover a ser misericordiosos como Dios es misericordioso y, por tanto, a mirar con misericordia los defectos de los demás y moverlos a ayudarlos.

También es importante el comentario que hace Schönborn, en la última parte de su obra sobre la mediación de la Virgen: «María es querida en todo el mundo; a la Madre de misericordia acuden personas de toda la tierra» (Schönborn, 2012: 151), y, páginas después, añadía: «A través de María, Madre de misericordia, somos conducidos a ser misericordiosos como nuestro Padre celestial y a asumir en nuestro corazón la misericordia de Jesús» (*ibíd.*, 167).

La Virgen de Chartres

Entre los muchos milagros atribuidos a la intercesión de la Santísima Virgen de Chartres en Francia, hay un caso que ilustra de modo particular cómo la Virgen intercede ante Dios para que sus hijos los hombres aprendamos a perdonar a los demás.

La historia nos habla de un niño de nueve años que había pasado gran parte del día en el campo cogiendo moras. Las tomaba de las zarzas de los setos con las manos y

tenía el cesto casi lleno. Era a la caída de la tarde de un día de agosto.

El muchacho pasaba de prado en prado. Y se acercó al linde del bosque. Estaba a pocos kilómetros de su casa. El paraje estaba desierto y en silencio absoluto. De repente, oyó un ruido de hojas aplastadas, luego una respiración, como de un animal, después gemidos. Se acercó. Una mujer gemía allí cerca, en el bosque. No sabía si tenía que huir o acercarse. Se acercó. Era una mujer joven. Estaba casi desnuda. Sintió como un escalofrío. Un hombre estaba encima.

Todo transcurrió muy deprisa, el hombre al verse descubierto se acercó de un salto y le cortó la lengua. Ella se levantó, le abofeteó con furia, montó en un caballo y huyó. El hombre también desapareció.

Pasaron muchos años antes de que aquel niño pudiera asimilar el dolor, el odio, las pesadillas, la segregación y el desprecio de sus amigos, pues había quedado mudo. El sacerdote del pueblo le animaba a rezar y a perdonar a quien le había hecho eso.

Un día su madre lo llevó a Chartres a la casa de la Virgen, allí confió a su hijo al cuidado de Nuestra Señora, la madre de todos los hombres, puesto que ella no podía hacer nada por él. Pasaron los dos una noche de oración.

«Le invito al perdón, se decía la madre, pero ¿he perdonado yo? Lo que una madre padece por su hijo que sufre no tiene nombre en ninguna lengua humana, sobrepasa todos los sufrimientos. ¿Quién mejor para saberlo que vos, madre de Cristo crucificado? Todo lo que puedo hacer es rogaros que vuestro Hijo, en su misericordia, perdone a ese pecador. No os pido más. No me preguntéis si yo he perdonado. Y, sin embargo, si mi perdón es necesario para que mi hijo obtenga la curación, ¿que digo?, ¿cómo curaría? Todo lo que me atrevo a pedir es la curación de su corazón. Si mi perdón es necesario para que desaparezcan del corazón de mi hijo ese odio, esa dureza, ese rencor que le alejan de Dios y de vos, entonces perdono, ¡perdono todo lo que queráis!» (Zink, 2000: 84).

A la salida de la iglesia el niño lo vio. Se cruzaron las miradas. Ambos quedaron paralizados. «Id en paz, le dijo. El milagro del perdón y el milagro de hablar sin lengua» (*ibid.*, 86). Retirado en un convento, sus labios solo alababan al Señor en adelante.

Los ojos de María son misericordiosos

Un sacerdote se encontraba con un grupo de niños dedicado a prepararles para la primera comunión. Como es habitual, aprovechaba las preguntas y respuestas del pequeño catecismo para explicarles las enseñanzas cristianas sobre Jesús y María.

De repente el sacerdote lanzó una pregunta al auditorio: ¿Cómo son los ojos de María? Inmediatamente se levantaron todas las manos. Todos tenían respuesta a la pregunta, pues los niños son siempre atrevidos.

El turno de respuestas fue pasando de uno a otro: verdes, marrones, azules. Unos y

otros se esforzaban en adivinar el color de los ojos. Así que salieron a relucir todos los colores existentes y otros que se inventaron sobre la marcha.

Todas las miradas quedaron fijas en el sacerdote, que no sin cierto halo de misterio esperó unos segundos, no muchos, para satisfacer la natural curiosidad de los niños y ver quién había acertado.

Cuando el sacerdote afirmó con rotundidad: «los ojos de María son misericordiosos», se quedaron todos callados y pensativos. Entonces les explicó cómo la Virgen, igual que las madres, siempre nos mira con comprensión y misericordia.

También, podemos añadir, en ella encontramos el perdón para los demás, el perdonarnos a nosotros mismos y el pedir perdón a Dios.

No olvidemos que, entre Caín y Abel, lo que sobraba era la envidia y lo que faltaba era amor, por eso el humo de las obras de Caín no llegaban al cielo. «Misericordia quiero y no sacrificio». Nos dijo Jesús: sin perdón no hay amor.

14. REINA DE LA PAZ

El camino de los cristianos es el de ser constructores de la paz. No de la paz de los cementerios, sino de una paz como consecuencia de la lucha interior por ser mejores. *Pax in bello*, solía comentar san Josemaría.

Evidentemente no podrá haber paz en el mundo si no hay paz en las conciencias. La llamada a la conversión personal en este año de la misericordia resulta de particular importancia para la paz en el mundo.

La lucha significa esfuerzo y lucha: «La lucha cuesta. Hijas e hijos míos, escuchadme: acudid a Nuestra Madre ante cualquier apuro. Cuando se presenta cualquier dificultad –grande o pequeña– llamadla fuerte, como nos aconsejaba nuestro Fundador: ¡Madre, Madre mía! Y habrá siempre paz en nuestra alma» (Del Portillo, 1979: n. 28).

La mayoría de las veces ese esfuerzo se canaliza hacia la donación a los demás, como nos recuerda el papa Francisco: «No podemos olvidar la gran enseñanza que san Juan Pablo II ofreció en su segunda encíclica *Dives in misericordia*, que en su momento llegó sin ser esperada y tomó a muchos por sorpresa en razón del tema que afrontaba. Dos pasajes en particular quiero recordar. Ante todo, el santo papa hacía notar el olvido del tema de la misericordia en la cultura presente: “La mentalidad contemporánea, quizá en mayor medida que la del hombre del pasado, parece oponerse al Dios de la misericordia y tiende además a orillar de la vida y arrancar del corazón humano la idea misma de la misericordia. La palabra y el concepto de misericordia parecen producir una cierta desazón en el hombre, quien, gracias a los adelantos tan enormes de la ciencia y de la técnica, como nunca fueron conocidos antes en la historia, se ha hecho dueño y ha dominado la tierra mucho más que en el pasado (cfr. *Gn* 1, 28). Tal dominio sobre la tierra, entendido tal vez unilateral y superficialmente, parece no dejar espacio a la misericordia... Debido a esto, en la situación actual de la Iglesia y del mundo, muchos hombres y muchos ambientes guiados por un vivo sentido de fe se dirigen, yo diría casi espontáneamente, a la misericordia de Dios”» (n. 9).

La Virgen de los nudos

Desde el comienzo del pontificado del papa Francisco ha hecho muchas alusiones a la Virgen de los nudos. Los nudos de la historia se solucionan con el amor a Dios y con el amor a los demás, estando al lado del que sufre y del que necesita nuestra comprensión. La historia de las persecuciones es la historia de un amor maduro y generoso de tantos cristianos que han confiado en Dios. Acudamos a la Virgen para desatar los nudos del egoísmo, del odio y del orgullo causantes del único y verdadero mal en el mundo, que es

el pecado.

Nuestra Señora de Knotenlöserin (María, la que desata los nudos), o simplemente la Virgen desatanudos, es una advocación mariana sobre el dogma de la Inmaculada que se encuentra en la iglesia de San Pedro de Ausburgo (Alemania).

Se trata de un cuadro de Johann Georg Melchior Schmidtner y data aproximadamente del año 1700. En este puede verse a la Virgen María rodeada de ángeles y protegida por la luz del Espíritu Santo y se encuentra de pie pisando la cabeza de la serpiente.

Un ángel a su izquierda le alcanza las cintas anudadas y otro ángel a su derecha recoge las cintas estiradas. En la parte inferior del cuadro puede apreciarse a un hombre caminando a oscuras guiado por la compañía de un arcángel, lo cual nos remite al arcángel san Rafael guiando en su camino a Tobías en su viaje. Esta imagen también puede interpretarse como la guía celestial por parte de los ángeles, auxiliares de Dios en los caminos de la tierra.

La imagen de María desatanudos tiene una clara referencia a los problemas humanos que se simbolizan en cintas que la Virgen desata y destraba con ayuda de los ángeles. Son numerosos los testimonios de fieles que, habiendo pedido ayuda a la Virgen María a través del título de «María desatanudos», han recibido beneficios y gracias espirituales.

Muchas personas han experimentado el «desatarse» de esos nudos que provocan dolor y sufrimiento y por los cuales se han dirigido a María pidiendo humildemente ayuda como quien se dirige a una madre amorosa y solícita hacia los propios hijos en dificultad.

Reina de la paz

Las actuales tierras del golfo de Fonseca en la República de El Salvador fueron descubiertas, en el tercer viaje de Cristóbal Colón, por Andrés Niño, piloto mayor de la expedición del capitán Gil González de Ávila, en el año de 1522, conquistadas por Pedro de Alvarado, el año de 1524.

La ciudad de San Miguel, fundada en 1530 por el capitán Luis Moscoso, tiene el privilegio de venerar en su catedral a la Virgen de la Paz, a quien los salvadoreños miran con amor y veneración pues constituye el tesoro más preciado de su tradición cristiana.

La historia nos lleva al año 1682, cuando unos pescadores vieron, en las riberas del Océano Pacífico, una caja de madera que había sido arrastrada por la fuerza de las aguas.

Aquellos hombres trataron de abrirla para ver su contenido pero no pudieron, así que decidieron llevarla a lomos de una burra a la ciudad de San Miguel. Llegaron el día 21 de noviembre y la burra se paró en plena plaza frente a la antigua iglesia parroquial, donde hoy se levanta la catedral de la ciudad. Al comprobar que se negaba a seguir caminando

decidieron abrir la caja en ese lugar con la ayuda del cerrajero de la ciudad.

Así vieron por primera vez el rostro resplandeciente de una bella Imagen de la Virgen María con el Niño Jesús en sus brazos. Toda la ciudad se congregó allí para contemplar el gozoso hallazgo. Incluso los bandos hostiles de una guerra fratricida que estaba teniendo lugar en la zona. Por este motivo pusieron como nombre a la nueva imagen la Virgen de la Paz.

En 1942 el papa Pío XII se dirigió al pueblo salvadoreño con estas palabras: «que Nuestra Señora de la Paz os coloque a todos bajo el amparo del simbólico ramo que en su iglesia de San Miguel alza en su mano derecha y cuyo nombre amaríamos ver proyectado sobre el mundo entero».

La Señora de todos los pueblos

Una de las últimas apariciones de la Santísima Virgen María aprobada por la autoridad eclesiástica lleva por nombre «La Señora de todos los Pueblos». Con esta advocación deseamos terminar este breve recorrido por la misericordia de la Virgen para con sus hijos los hombres.

Los hechos sucedieron en Amsterdam entre los años 1945-1959, a través de las palabras que nuestra Madre transmitió a Ida Peerdeman, una sencilla mujer holandesa. Nuestra Señora se le presentó de pie con los brazos y las manos extendidos hacia abajo, de sus palmas salían tres rayos que Ella denominó de «Gracia, Redención y Paz» para todas las naciones.

La Virgen aparecía vestida con una túnica blanca hasta los pies, con un paño amarillo alrededor de su cintura y otro igual sobre su cabeza, mostrando sus ondulados y oscuros cabellos sobre los hombros.

Sus pies descalzos, posados sobre la esfera del mundo, que estaba rodeado de corderos. A su espalda y a la altura de su cabeza, la cruz de su Hijo Jesucristo. Y entre una gran luminosidad, formando un arco de un extremo a otro de la Cruz, se leían en holandés las palabras: «La Señora de todos los pueblos».

Tras 50 años de investigación exhaustiva, el 31 de mayo del año 2002, las apariciones de «La Señora de todos los Pueblos» recibieron la aprobación eclesiástica oficial y el reconocimiento de su origen sobrenatural, por el obispo de la diócesis local de Haarlem en Holanda.

CONCLUSIONES

Como dice la antigua expresión sobre la Virgen «nunquam satis», nunca se puede decir que sobre la Madre de Dios se ha escrito todo lo que se puede afirmar de ella. También nosotros no nos cansamos de hablar, de meditar y de leer sobre la Virgen Santísima, Madre de Dios y madre nuestra y ojalá esto suceda hasta el fin del mundo, pues sería señal de que no habríamos perdido el camino de la verdadera fe cristiana.

Así retomando la expresión del beato Pablo VI «Si queremos ser cristianos, debemos ser marianos» (Homilía en el santuario de Nuestra Señora de Bonaira, en Cagliari, 24-IV-1970), llegamos al final de estas líneas y formulamos el propósito de avivar constantemente la meditación personal sobre la Virgen y la misericordia de Dios.

Quizá hemos de colegir, después de todo lo que hemos expuesto en esta obra, que la Virgen, la criatura más excelsa, no es un modelo solo para admirar, sino un modelo para imitar. De ahí que estas páginas tengan como objetivo recordar su vida para sacar consecuencias prácticas para la nuestra. De la meditación de la vida de la Virgen brotarán siempre encendimientos de amor a su Hijo Jesucristo, y como consecuencia de amor a quienes nos rodean.

Precisamente la meditación de la bula de convocatoria del año de la misericordia nos ha ayudado a entender lo que el Santo Padre espera de este año jubilar: los frutos de conversión de los corazones, de no retrasar esa vuelta a la casa del Padre por falsos motivos de vergüenza o de desánimo. La Virgen nos llevará a la misericordia de Dios y siempre seremos perdonados al menor movimiento de contrición, de deseos de regresar a la casa del Padre.

Si la Virgen ha actuado tantas veces y de modo tan patente a favor de sus hijos los hombres, también lo hará con nosotros si nos acercamos con sencillez. Es más, aunque hayamos narrado muchas milagrosas intervenciones de María a favor de sus hijos los hombres y como madre de la Iglesia, son infinitamente más numerosos los milagros sencillos y ordinarios de los cristianos que se dirigen a ella en su vida y peticiones constantes. De hecho esos son los milagros más habituales.

Precisamente el relativismo imperante en Europa y la falta de sensibilidad hacia el pecado, junto con las persecuciones a las que están siendo sometidos muchos cristianos en tantos lugares del mundo, nos lleva a recordar la urgente necesidad de la conversión personal a través del Corazón Inmaculado de María, la penitencia y la devoción eucarística.

Terminaremos con unas palabras del papa Francisco en su Encíclica *Laudate si'*: «Dios, que nos convoca a la entrega generosa y a darlo todo, nos ofrece las fuerzas y la luz que necesitamos para salir adelante. En el corazón de este mundo sigue presente el

Señor de la vida que nos ama tanto. él no nos abandona, no nos deja solos, porque se ha unido definitivamente a nuestra tierra, y su amor siempre nos lleva a encontrar nuevos caminos. Alabado sea» (n. 245).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AA. VV. (1995), *Álvaro del Portillo. Rendere amabile la libertà*, Roma: Polyglota Vaticana.
- ACOSTA, J. (1984), *De procuranda indorum salute*, Madrid: CSIC.
- AGUIRRE, S. (2009), *Reimaginando los orígenes*, Estella: Verbo Divino.
- ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, S. (1970), *Las glorias de María*, Madrid: Rialp.
- ANDRÉS, M. (1993), *Misioneros extremeños en Hispanoamérica y Filipinas*, Madrid: BAC.
- BASTERO, J. L. (2014), *Vida de María*, Madrid: Rialp.
- BEL BRAVO, M. A. (2000), *La familia en la historia*, Pamplona: Eunsa.
- BENEDICTO XVI, (2007), *Encíclica Spe salvi. Sobre la esperanza cristiana*, Madrid: Ediciones Palabra.
- BERNARDO, S. (1987), *Sermones*, Madrid: Rialp.
- BORGES, P. (1960), *Métodos misionales en la conquista de América*, Madrid: CSIC.
- CASCIARO, P. (2001), *Soñad y os quedaréis cortos*, Madrid: Rialp.
- CLEMENTE DE ALEJANDRÍA (1998), *Stromata*, Madrid: Ciudad Nueva.
- CLEMENTE DE ALEJANDRÍA (1998), *El Pedagogo*, Madrid: Ciudad Nueva.
- CORBÍN, A. (2008), *Historia de la Iglesia*, Madrid: Ariel.
- CUEVAS, M. (1928), *Historia de la Iglesia en América*, Texas.
- DEL PORTILLO, A. (1993), *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid: Rialp.
- DERVILLE, G. (2015), *Amor y desamor. La pureza liberadora*, Madrid: Rialp.
- DOBRAZYNSKI, J. (1989), *Encuentros con la Señora. Historias del Santo Icono de la Virgen de Czestochowa*, Madrid; Ediciones Palabra.
- DOLZ, M. (2010), *San Josemaría Escrivá de Balaguer. Mi madre la Iglesia*, Madrid: Edibesa.
- ECHEVARRÍA, J. (2000), *Memoria del Beato Josemaría*, Madrid: Rialp.
- ESCRIVÁ DE BALAGUER, J. (1987), *Amigos de Dios*, Madrid: Rialp.
- ESCRIVÁ DE BALAGUER, J. (1987), *Camino*, Madrid: Rialp.
- ESCRIVÁ DE BALAGUER, J. (1987), *Conversaciones*, Madrid: Rialp.
- ESCRIVÁ DE BALAGUER, J. (1987), *Es Cristo que pasa*, Madrid: Rialp.
- ESCRIVÁ DE BALAGUER, J. (1987), *Vía crucis*, Madrid: Rialp.
- EUSEBIO DE CESAREA (2000), *Historia Eclesiástica*, Madrid: BAC.
- FORTE, B. (2015), *María, la mujer icono del misterio. Ensayo de mariología simbólico-narrativa*, Salamanca: Sígueme.

- GARCÍA CASADO, P. (2002), *La dormición de la Virgen*, Madrid: Trotta.
- GRIJALVA, Fray J. (1624), *Crónica de la orden de San Agustín*, México.
- HERNANDO DE COLÓN (1992), *Historia del Almirante*, Madrid: Historia 16.
- IRABURU, J. M. (1999), *Hechos de los apóstoles de América*, Pamplona: Gratis datae.
- IRENEO DE LYON, S. (1992), *Adversus Haereses*, Madrid: BAC.
- JUAN DAMASCENO, S. (1992), *De fide orthodoxa*, Madrid: Ciudad Nueva.
- JUAN PABLO II, S. (2012), *Signo de contradicción*, Madrid: Cristiandad.
- JUAN PABLO II, S. (1990), *Encíclica Redemptoris missio*, Madrid: Ediciones Palabra.
- JUAN PABLO II, S. (1984), *Ehortación Apostólica Salvifici doloris*, Madrid: Ediciones Palabra.
- JUAN PABLO II, S. (1990), Carta a los artistas, Madrid: Ediciones Palabra.
- LANÚS, S. (2013), *Madre de Dios y Madre nuestra*, Madrid: San Román.
- MARIETA, Fray J. De (1596), *Historia Eclesiástica de todos los santos de España*, Cuenca.
- ORCAJO, A. (2014), *La Medalla Milagrosa síntesis de Mariología en símbolos*, Madrid: La Milagrosa.
- PABLO VI, B. (1974), *Encíclica Marialis cultus*, Madrid: Ediciones Palabra.
- PAPA FRANCISCO (2013), *Encíclica Lumen fidei*, Madrid: Ediciones Palabra.
- PAPA FRANCISCO (2014), *Exhortación Apostólica Evangelii gaudium, Lumen fidei*, Madrid: Ediciones Palabra.
- PAPA FRANCISCO (2015), *Bula Misericordiae vultus*, Madrid: Ediciones Palabra.
- PAPA FRANCISCO (2015), *Encíclica Laudate si'*, Madrid: Ediciones Palabra.
- PASTOR DE HERMAS (1992), *Padres Apostólicos*, Madrid: Ciudad Nueva.
- PINEDA HERNANDO, L. (2000), *Nuestra Señora del Perpetuo Socorro en Madrid*, Madrid: Perpetuo Socorro.
- SCHÖNBORN, C. (2012), *Hemos encontrado misericordia. El misterio de la Divina Misericordia*, Madrid: Ediciones Palabra.
- SOUSA E SILVA, M. F. (2008), *Los pastorcitos de Fátima*, Madrid: Homolegens.
- STARCK, S. (2009), *La expansión del cristianismo*, Madrid: Trotta.
- TORIBIO DE BENAVENTE, fray (1914), *Historia de los indios de Nueva España*, Barcelona.
- USPENSKI, L. A. (2013), *Teología del icono*, Salamanca: Sígueme.
- VÁZQUEZ DE PRADA, A. (1997, 2002, 2003), *El Fundador del Opus Dei*, Madrid: Rialp.
- VETANCOURT, J. (1961), *Teatro mexicano*, Madrid: Porrúa.
- ZINK, M. (2000), *Cuentos cristianos de la Edad Media*, Salamanca: Sígueme.

Índice

Introducción

1. El rostro de la misericordia
2. La Virgen de los navegantes
3. Consuelo de los afligidos
4. Esperanza nuestra
5. Refugio de los pecadores
6. La omnipotencia suplicante
7. El atajo para llegar a Jesús
8. Madre del Amor Hermoso
9. Causa de nuestra alegría
10. La Virgen del Carmen
11. La Virgen del Pilar
12. La Virgen del Rosario
13. La Virgen del perdón
14. Reina de la paz

Conclusiones

Bibliografía Citada

Índice

Introducción	4
1. El rostro de la misericordia	7
2. La Virgen de los navegantes	11
3. Consuelo de los afligidos	15
4. Esperanza nuestra	19
5. Refugio de los pecadores	23
6. La omnipotencia suplicante	27
7. El atajo para llegar a Jesús	30
8. Madre del Amor Hermoso	33
9. Causa de nuestra alegría	37
10. La Virgen del Carmen	41
11. La Virgen del Pilar	44
12. La Virgen del Rosario	48
13. La Virgen del perdón	52
14. Reina de la paz	56
Conclusiones	59
Bibliografía Citada	61